



Leónidas Andréiev

CUENTOS

Un sueño

Hablamos luego de esos sueños en los que hay tanto de maravilloso y he aquí lo que me contó Sergio Sergueyevich cuando nos quedamos solos en la gran sala semioscura.

-No sé qué pudo ser aquello. Desde luego fue un sueño. Dudarlo sería un delito de lesa sentido común, pero hubo en aquel sueño algo demasiado parecido a la realidad.

“No me había acostado. Permanecía de pie, paseando por mi celda con los ojos bien abiertos. Lo que soñé -si es que lo soñé- quedó grabado en mi memoria como si en efecto hubiese sucedido.

“Llevaba dos años encerrado en la cárcel de San Petersburgo por cuestiones políticas y, como estaba incomunicado y no sabía nada de mis amigos, una negra melancolía se iba apoderando de mi corazón. Todo me parecía muerto. Ni siquiera me preocupaba en contar los días que iban transcurriendo.

“Leía muy poco y pasaba buena parte del día y de la noche paseando arriba y abajo de aquella celda que apenas medía tres metros. Andaba despacio, para no marearme, y recordaba muchas cosas... Sin embargo, poco a poco, las imágenes se iban borrando de mi memoria.

“Sólo una permanecía fresca y viva, a pesar de ser en aquel entonces la más lejana e inaccesible: la de María Nicolayevna, mi novia, una muchacha encantadora. Lo único que sabía de ella era que no había sido detenida y, por ello, la suponía sana y salva.

“En aquel triste atardecer de otoño su recuerdo llenaba mi pensamiento. En mi lento caminar sobre el suelo asfaltado de la celda, en medio de aquel tétrico silencio, veía deslizarse a derecha e izquierda, desnudos y monótonos, los muros... De pronto, me pareció que yo permanecía inmóvil y eran los muros los que se deslizaban.

“¿Estaba en efecto inmóvil? No. Seguía andando lentamente..., pero ya no era por la celda sino por la calle Trevskaia de Moscú en dirección a los grandes bulevares.

“Era una hermosa tarde de invierno, hacía un sol espléndido y todo era animación y ruido de coches. Consulté el reloj. Marcaba las tres y media. «A esta hora -pensé- en Petersburgo empieza a anochecer...». Sentí una súbita inquietud. Había llegado aquella mañana a Moscú con María Nicolayevna llevado por motivos políticos y nos habíamos inscrito en el hotel como marido y mujer. Ella se había quedado sola y, pese que le había indicado que cerrase con llave y no abriera a nadie, me asaltó el temor de que pudieran tenderla una trampa. ¡No había tiempo que perder!

“Tomé un coche de punto. Al llegar, subí la escalera a toda prisa y en seguida me vi ante la puerta de nuestra habitación. No habiendo visto la llave en el vestíbulo, pensé que María no había salido. Llamé del modo que habíamos convenido y esperé: silencio absoluto. Volví a llamar y empujé sin lograr abrir... ¡Nada!

“Sin duda había salido, o de lo contrario algo le había ocurrido. Entonces vi a Vasili, el camarero de nuestro piso.

“-Vasili -le pregunté-. ¿Ha visto usted salir a mi mujer? ¿Ha venido alguien a visitarla?

“El camarero titubeó... ¡Había tanto movimiento en el Hotel!

-¡Ah, sí, ya recuerdo! -dijo, al fin-. La señora ha salido. La he visto guardarse la llave en el bolsillo.

“-¿Iba sola?

“-No. Acompañada por un señor alto con gorro de pieles.

“-¿Ha dejado algún recado?

“-No, Sergio Sergueyevich.

“-No es posible, Vasili, no se debe acordar usted...

“-No. No me ha dicho nada. Tal vez el portero...

“Bajé a la portería seguido por el camarero que se había apercebido de mi inquietud que, por lo demás, no era inmotivada: no conocíamos a nadie en Moscú y aquel caballero alto del gorro de piel me inspiraba angustiosos recelos.

“Tampoco al portero le había dejado María recado alguno. Mi desasosiego iba en aumento.

“-¿No recuerda usted en que dirección se han ido?

“-Se han ido en un coche de punto de la parada de enfrente... ¡Mire usted, ese que llega ahora!

“Estábamos en la misma puerta y el portero llamó al cochero.

“-¿A dónde has llevado a los señores?

“-No recuerdo el nombre de la calle... Es una calle muy apartada en la que nunca había estado. El caballero me ha guiado.

“-No te será difícil volver a encontrarla -insistió el portero-, tú no eres un novato.

“-¡Claro que la encontraría! Pero el caballo está tan cansado...

“-Te daré una buena propina -dije para animarle. Logré convencerle. El portero abrió la portezuela y subí al carruaje.

“Estaba ya más tranquilo. Dentro de media hora o una hora, a lo más, estaría en la casa a la que el misterioso caballero había conducido a María. En las calles reinaba gran animación y, aunque no se habían encendido todavía los faroles, las tiendas ya estaban iluminadas. El tránsito era tan compacto que, de vez en cuando, teníamos que detenernos y entonces sentía yo en la nuca el cálido aliento del caballo del carruaje de atrás.

“De pronto recordé que era Nochebuena. ¡Cómo se me había podido olvidar!... En la plaza del Teatro se alzaba en medio de la nieve un verdadero bosque de pinos jóvenes y verdes de una fragancia deliciosa. Muchos hombres, envueltos en abrigos de pieles, paseaban alrededor oliendo a campo y a selva.

“No tardaron en encender los faroles y mi corazón se sintió cada vez más tranquilo. Luego de recorrer varias calles, algunas de las cuales me parecieron muy largas, penetramos en una parte de la ciudad que yo no conocía.

“Al principio, el cochero me iba diciendo los nombres de las calles por las que pasábamos -unos nombres raros que nunca había oído-, pero luego empezamos a zigzaguear por un dédalo de callejuelas tan desconocidas para el cochero como para mí.

“Resulta muy desagradable recorrer de noche una ciudad o un barrio que no se conoce. Cada vez que se dobla una esquina se teme haber penetrado en un callejón sin salida. Debido a que ello me ocurría en Moscú, ciudad que yo creía conocer palmo a palmo, mi desasosiego aumentaba. Me parecía que, en cada callejuela, me acechaban traiciones y emboscadas.

“Al pensar en María y en el individuo del gorro de pieles me entraban impulsos de echar a correr en su búsqueda. El caballo marchaba muy despacio y, de vez en cuando, volvía sobre sus pasos. Yo contemplaba la espalda inmóvil del cochero y me parecía como si siempre la hubiese estado viendo, como si se tratase de algo inmutable y fatal.

“Los faroles eran cada vez más escasos. Casi no se veían tiendas ni ventanas iluminadas. Todo se hundía en el sueño nocturno.

“Al doblar una esquina el coche se detuvo.

“-¿Por qué paras? -pregunté al cochero lleno de angustia.

“No contestó. De pronto, hizo volver grupas al caballo de modo tan brusco que por poco me lanza al arroyo.

“-¿Te has perdido?

“-Ya hemos pasado por aquí -repuso tras unos instantes de silencio-. Fíjese usted.

“Me fijé, en efecto, y recordé el paraje, aquel farol junto al montón de nieve, aquella casa de dos pisos... ¡Ya habíamos pasado por allí!

“Aquello fue el comienzo de un nuevo e insoportable tormento: comenzamos a pasar por calles y callejuelas en las que ya habíamos estado, sin poder salir de aquel laberinto. Luego atravesamos una amplia avenida, alumbradísima y muy animada, por la que ya habíamos pasado. Poco después, volvimos a atravesarla.

“-Deberíamos preguntar a alguien...

“-¿Qué vamos a preguntarles? -contestó secamente el cochero-. Si no sabemos a dónde vamos...

“-Pero tú decías...

“-¡Yo no he dicho nada!

“-Haz por orientarte. Se trata de algo muy importante para mí.

“No contestó. Cuando hubimos recorrido unos cien metros más en zigzag, dijo:

“-Ya ve usted que hago todo lo posible...

“Por fin alcanzamos una calleja en la que no habíamos estado. El cochero, sin volverse, dijo:

“-¡Ya empiezo a orientarme!

“-¿Llegaremos pronto?

“-No sé.

“Mi suplicio no había concluido. Nos envolvía una densa oscuridad y sólo veíamos interminables tapias, tras las que se alzaban corpulentos árboles, cuyas ramas casi se cruzaban con las del lado opuesto, y casas sin ventana alguna iluminada. En una de ellas debía estar María Nicolayevna. Sin duda había caído en una trampa siniestra y terrible. ¿Quién sería el hombre alto que la había llevado allí?

“Las tapias seguían deslizándose a ambos lados del coche. Ya empezaba a sospechar que estábamos pasando otra vez por las mismas calles, cuando, de pronto, el cochero exclamó:

“-¡Ahí es!

“-¿Dónde?

“-¿Ve usted esa puertecita en la tapia?

“Vi la puertecita pese a la oscuridad. Nos detuvimos y bajé del coche. Me acerqué a la puerta y estaba cerrada. No había aldaba. Reinaba un profundo silencio.

“Se me doblaron las piernas al preguntarme para qué habrían llevado allí a María.

“Di unos golpecitos con los nudillos. Silencio. Sobre mi cabeza, las ramas cubiertas de nieve parecían serpientes blancas.

“A través de una rendija pude ver un largo sendero que conducía a la escalera de una casa sin luz alguna, tétrica, terrible. Allí había alguien. Algo ocurría. Lo denunciaba la negrura hipócrita de sus ventanas.

“Enloquecido, empecé a dar tremendos puñetazos en la puertecita y a gritar.

“-¡Abran!

“Los golpes se fundían en un ruido sordo y continuo que resonaba en toda la calle y me impedía oír mi propia voz.

“Las manos me dolían, pero seguía golpeando cada vez con más fuerza. La puerta, la tapia, la calle entera trepidaban como un viejo puente al paso de un escuadrón.

“Por fin, una luz débil y amarillenta brilló en una rendija. Temblaron algunas ramas. Alguien se acercaba con una linterna y se oían voces ahogadas.

“Un profundo temor me embargó. Había algo terrible en aquellas voces, en la luz trémula y débil.

“Los faros se detuvieron ante la puerta. Al cabo de unos instantes, que se me hicieron siglos, se oyó el tintineo de las llaves, el ruido de una cerradura y una luz cegadora hirió mis ojos.

“En la puerta estaban... mi carcelero y otro funcionario.

“-¿Qué es esto? -grité-. ¿Qué hace aquí mi carcelero? ¿Dónde estoy? ¿A qué puerta he llamado?

“Los dos empleados, inmóviles en el umbral, me miraban asombrados.

“-¿Por qué llama usted de ese modo, Sergio Sergueyevich? -me dijo el carcelero-. Tome el quinqué, ahora le traeré el samovar.

“Tomé el quinqué. Estaba en mi celda.”

Un hombre original

Un corto silencio entre los comensales, y en medio del murmullo de las conversaciones, alrededor de las mesas lejanas y del ruido ahogado de los pasos de los criados, que traían y llevaban los platos, alguien declaró con voz dulce y tranquila:

-¡A mí me encantan las negras!

Antón Ivanich, el subjefe de la oficina, por poco deja caer la copa de vodka que se llevaba a los labios; un criado dirigió al que había pronunciado tales palabras una mirada de asombro; todos volvieron la cabeza para ver quién había dicho aquella cosa extraña. Y todo el mundo vio la carita con bigotito rojo, los ojillos opacos y la cabecita cuidadosamente peinada de Semen Vasilevich Kotelnikov.

Durante cinco años habían trabajado con él en la oficina, todos los días le daban la mano al llegar y al marcharse, todos los días le hablaban, todos los meses después de cobrar, comían con él, como aquel día, en un restaurante, y, no obstante, se les antojaba que aquel día lo veían por primera vez. Lo vieron y se llenaron de extrañeza. Observaron que no era feo del todo, a pesar de su absurdo bigote y sus pecas,

semejantes a las salpicaduras de barro lanzadas por un automóvil. Observaron también que no vestía mal y que llevaba un cuello muy limpio.

El subjefe, después de fijar largamente su mirada de asombro en Kotelnikov, dijo:

-Pero Semen...

-¡Semen Vasilievich! -pronunció, con cierta dignidad, Kotelnikov.

-Pero Semen Vasilievich, ¿le gustan a usted las negras?

-Sí, me gustan mucho.

El subjefe miró con ojos de pasmo a todos los empleados sentados a la mesa, y soltó la carcajada:

-¡Ja,ja,ja! ¡Le gustan las negras! ¡Ja, ja, ja!

Y todos se echaron a reír. El mismo Kotelnikov se rió, un poco confuso, y enrojeció de gusto; pero al mismo tiempo le asaltó un ligero temor: el de que aquello le causase disgustos.

-¿Lo dice usted seriamente? -preguntó el subjefe cuando acabó de reírse.

-¡Y tan seriamente! Hay en las mujeres negras un gran ardor y algo... exótico.

-¿Exótico?

Se echaron de nuevo a reír; pero al mismo tiempo todos pensaron que Kotelnikov era seguramente un hombre listo e instruido, cuando conocía una palabra tan extraña: "exótico". Luego empezaron a discutir, asegurando que no era posible que le gustasen las negras; además de ser negras tenían la piel como cubierta de barniz, y los labios gruesos y olían mal.

-¡Y, sin embargo, me gustan! -insistió modestamente Kotelnikov.

-¡Allá usted! -dijo el subjefe-. Yo, por mi parte, detesto a esas bestias color de betún.

Todos sintieron una especie de satisfacción al pensar que había entre ellos un hombre tan original que enloquecía por las negras. Con este motivo, los comensales de Kotelnikov pidieron seis botellas más de cerveza. Miraban con cierto desprecio a las otras mesas, en las que no habían un hombre de tanta originalidad.

Las conversaciones terminaron. Kotelnikov estaba orgulloso de su papel. Ya no encendía él sus cigarrillos sino que esperaba a que el criado se los encendiese.

Cuando las botellas de cerveza estuvieron vacías, se pidieron otras seis. El grueso Polsikov dijo a Kotelnikov en tono de reproche:

-¿Por qué no nos tuteamos? Ya que desde hace tanto años trabajamos juntos...

-¡No tendría inconveniente! ¡Con mucho gusto! -aceptó Kotelnikov.

Tan pronto se entregaba de lleno a la alegría de verse, al fin, comprendido y admirado, como sentía el vago temor de que le pegasen.

-Después de ver "Bruderschaft" con Polsikov, bebió con Troitzky, Novoselov y otros camaradas, cambiaba besos con todos y los miraba con ojos amorosos y tiernos.

El subjefe no bebió “Bruderschaft” con él, pero le dijo amistosamente:

-Venga usted por casa alguna vez. Mis hijas verán con curiosidad a un hombre a quien le gustan las negras.

Kotelnikov saludó, y aunque se tambaleaba un poco a causa de la cerveza, todos convinieron en que era muy “chic”.

Después de irse el subjefe, bebieron más, y todos juntos salieron a la calle, tropezando con los transeúntes.

Kotelnikov marchaba en medio de sus camaradas, sostenido por Polsikov y Troitzky.

-No, muchachos -decía-; no pueden comprenderlo. En las negras hay algo exótico.

-Tonterías -contestaba severamente Polsikov-. No sé lo que puede encontrarse en ellas. Del color del betún...

-No, amigo, careces de gusto. La negra es una cosa...

Hasta entonces no había pensado nunca en las negras, y no acertaba a dar con la definición justa.

-¡Tienen temperamento!

Pero Polsikov no se dejaba convencer y seguía discutiendo.

-¡Haces mal en discutir! -le dijo Troitzky-. Nuestro amigo Kotelnikov tendrá sus razones. Además, sobre gustos no hay nada escrito.

Y dirigiéndose a Kotelnikov, añadió:

-¡No hagas caso, Semen! Sigue pirrándote por tus negras. Estoy tan contento, que tengo ganas de armar un escándalo.

-A pesar de todo, no lo comprendo -insistía Polsikov-. Del color de betún... Para mí, ni siquiera son mujeres.

-¡No, amigo, te engañas! -insistía a su vez Kotelnikov-. Porque mira, hay algo en las negras...

Iban tambaleándose un poco, ligeramente borrachos, hablando en alta voz, tropezando con la gente y muy satisfechos de sí mismos.

Una semana después, todo el departamento sabía que al empleado público Kotelnikov le gustaban mucho las negras. Algunas semanas más tarde, este hecho era ya conocido por los porteros de todo el barrio, por los solicitantes que acudían a la oficina, hasta por el agente de policía de servicio en la esquina de la calle. Las señoritas mecanógrafas de las secciones vecinas se asomaban un instante a la puerta para ver al hombre original a quien le gustaban las negras. Kotelnikov recibía estas muestras de atención con su modestia habitual.

Un día se decidió a hacer una visita a su jefe; mientras tomaba té con confitura de cerezas, hablaba de las negras y de algo exótico que había en ellas. Las muchachas menores parecían un poco confusas; pero la mayor, Nastenka, que gustaba de leer novelas, estaba visiblemente intrigada e insistía en que Kotelnikov le explicase las verdaderas razones de su afición a las negras.

-¿Por qué justamente las negras? -le preguntaba. Todos estaban contentos, y cuando Kotelnikov se fue hablaron de él con afecto. Nastenka llegó a declarar que era víctima de una pasión enfermiza. Lo cierto era que ella le había caído en gracia. Nastenka también le causó cierta impresión a Kotelnikov; pero él, como hombre a quien sólo le gustaban las negras, creyó su deber ocultar su inclinación hacia la muchacha, y, sin dejar de ser cortés, se manifestó con ella un poco reservado.

Al volver a casa por la noche, se puso a pensar en las negras, en su cuerpo color de betún, cubierto de sebo, y le parecieron repulsivas. Al imaginarse que abrazaba a una, sintió náuseas y le dieron ganas de llorar y de escribirle a su madre residente en provincia, que acudiera inmediatamente, como si un grave peligro le amenazase. Al cabo logró dominarse. Cuando, a la mañana siguiente, llegó a la oficina, bien peinado y vestido, con una corbata encarnada y cierta cara de misterio, no cabía duda de que a aquel hombre le encantaban las negras.

Poco tiempo después, el subjefe, que manifestaba un gran interés por Kotelnikov, le presentó a un revistero de teatros.

Este, a su vez, lo condujo a un café cantante y le presentó al director, el señor Jacobo Duclot.

-Este señor -dijo el revistero al director, haciendo avanzar a Kotelnikov- adora a las negras. Nada más que a las negras; las demás mujeres le repugnan. ¡Un original de primer orden! Me alegraría mucho si usted, Jacobo Ivanich, pudiera serle útil: es muy interesante, y tales tendencias... ¿comprende usted?... hay que alentarlas.

Dio unos golpecitos amistosos en la angosta espalda de Kotelnikov. El director, un francés de bigote negro y belicoso, miró al cielo como buscando una solución, y con un gesto decidido exclamó:

-¿Perfectamente? Ya que le gustan a usted las negras, quedará satisfecho: tengo precisamente en mi *troupe* tres hermosas negras.

Kotelnikov palideció ligeramente, lo que no advirtió el director, absorto en sus cavilaciones sobre el café cantante.

-Tiene usted que darle un billete gratuito para toda la temporada.

El director consistió.

A partir de aquella misma tarde, Kotelnikov empezó a hacerle la corte a una negra, la señorita Korrays, que tenía lo blanco de los ojos del tamaño de un plato, y la pupila no más grande que una olivita. Cuando, poniendo tal máquina en movimiento, jugaba ella los ojos con coquetería, Kotelnikov sentía recorrer su cuerpo un frío mortal y flaquear sus piernas. En aquellos momentos experimentaba un gran deseo de abandonar la capital e irse a ver a su pobre madre.

La señorita Korrays no sabía palabra de ruso; pero, por fortuna, no faltaron intérpretes voluntarios que se encargaron gustosísimos de la delicada misión de traducir los cumplimientos entusiásticos que la negra le dirigía a Kotelnikov.

-Dice que no ha visto en su vida a un caballero tan guapo y simpático. ¿No es eso, señorita Korrays?

Ella agitaba la cabeza afirmativamente, enseñaba su dentadura, parecida al teclado de un piano, y volvía a todos lados los platos de sus ojos. Kotelnikov movía también la cabeza, saludaba, y balbuceaba:

-Hagan el favor de decirle que en las negras hay algo exótico.

Y todos estaban tan contentos.

Cuando Kotelnikov besó por primera vez la mano de la señorita Korrart, la emocionante escena tuvo por testigos a todos los artistas y a no pocos espectadores. Un viejo comerciante incluso lloró de entusiasmo en un acceso de sentimientos patrióticos. Después se bebió champaña. Kotelnikov tuvo palpitaciones, guardó cama durante dos días y muchas veces empezó a escribirle a su madre:

“Querida mamá”, escribía, y su debilidad le impedía siempre terminar la carta.

A los tres días, cuando llegó a la oficina, le dijeron que su excelencia el director quería verle.

Se arregló con un cepillo el pelo y el bigote, y, lleno de terror, entró en el gabinete de su excelencia.

-¿Es verdad que a usted... que a usted...?

El director buscaba palabras.

...¿Qué a usted le gustan las negras?

-¡Sí, excelentísimo señor!

El director miró con ojos asombrados a Kotelnikov, y preguntó:

-Pero, vamos... ¿Por qué le gustan a usted?

-¡Ni yo mismo lo sé, excelentísimo señor!

Kotelnikov sintió de pronto que el valor le abandonaba.

-¿Cómo? ¿No lo sabe usted? ¿Quién va a saberlo, pues? Pero no se turbe usted, joven. Sea franco. Me place ver en mis subordinados cierto espíritu de independencia... naturalmente, si no traspasa ciertos límites definidos por la ley. Bueno, dígame francamente, como si hablase con su padre, por qué le gustan las negras.

-¡Hay en ellas algo exótico, excelentísimo señor!

Aquella noche, en el Club Inglés, jugando a la baraja con otras personas importantes, su excelencia dijo entre dos bazas:

-Tengo en mi departamento un empleado a quien le gustan las negras: pásmense ustedes. ¡Un simple escribiente!

Sus compañeros de juego eran también excelencias, directores de departamento, y experimentaron al oírle un poco de envidia; cada uno de ellos tenía también a sus órdenes un ejército de empleados; pero eran todos hombres grises, opacos, sin ninguna originalidad, vulgares.

-Y yo, pásmense ustedes -dijo una de las excelencias-, tengo un empleado con un lado de la barba negro y el otro rojo.

Esperaba así tomar revancha; pero todos comprendieron que una barba, no ya como aquélla, sino policroma, no tenía importancia comparada con una pasión extralucrar por las negras.

-¡Afirma ese hombre original que hay en las negras algo exótico! -añadió su excelencia.

Poco a poco la popularidad de Kotelnikov en los círculos burocráticos de la capital llegó a ser muy grande. Como sucede siempre, quisieron imitarle; mas sus imitadores sufrieron fracasos lamentables. Uno de ellos, un viejo escribiente que contaba veintiocho años de servicio y sostenía una numerosa familia, declaró de repente que sabía ladrar como un perro, y no tuvo ningún éxito. Otro empleado, muy joven aun, simuló estar perdidamente enamorado de la mujer del embajador chino; durante algún tiempo logró atraer sobre él la atención y aun la compasión; pero la gente experimentada no tardó en comprender que aquello no era sino una imitación miserable de una auténtica originalidad, y todos volvieron con desprecio la espalda.

Hubo otras muchas tentativas de la misma índole.

En general, se notaba entre los empleados públicos cierta inquietud de ánimo, que se traducía en esfuerzos por ser original.

Un joven de buena familia, no logrado encontrar medio de ser original, acabó por decirle a su jefe una porción de groserías, y, naturalmente, tuvo que abandonar al punto su empleo.

Kotelnikov se creó muchos enemigos. Afirmaba insidiosamente que estaba en ayunas en lo atañadero a las negras. Sin embargo, no mucho después, un periódico publicó una entrevista con él en la que Kotelnikov declaraba francamente que le gustaban las negras porque había en ellas algo exótico.

A partir de aquel día, su estrella comenzó a brillar con más fulgor. A la sazón visitaba frecuentemente a la familia de su subjefe, que le recibía con los brazos abiertos. Nastenka lloraba a veces pensando en el terrible destino reservado a aquel aficionado a las negras. Kotelnikov, sentado a la mesa, sentía sobre él las miradas de piedad de toda la familia y se esforzaba en dar a su rostro una expresión melancólica y al mismo tiempo exótica. Todos estaban muy satisfechos de que un hombre original frecuentara la casa, en calidad de buen amigo; todos, incluso la abuela sorda que lavaba los platos en la cocina.

El hombre original se retiraba tarde a casa y lloraba desconsolado, porque amaba a Nastenka con toda su alma y no podía ver a la señorita Korrays.

Hacia las Pascuas se corrió la voz de que Kotelnikov se casaba con la señorita Korrays, la cual, con tal motivo, se convertía a la religión ortodoxa y abandonaba el café cantante del señor Jacobo Duclot. Según los mismos rumores, el propio director había consentido en ser el padrino del joven esposo.

Los compañeros, los solicitantes y los porteros felicitaban a Kotelnikov, que les daba las gracias y saludaba con la muerte en el alma.

La velada anterior a su boda la pasó en casa del subjefe. Le recibieron como a un héroe, y todos parecían muy contentos excepto Nastenka, que se iba a su cuarto de vez en cuando a llorar a sus anchas, y que, para ocultar las huellas del llanto, se ponía tantos polvos que se desprendían de su faz en tanta abundancia como la harina de una piedra de molino.

Durante la cena todos felicitaban al novio y brindaban en honor suyo. El propio subjefe, que se había excedido un poco en la bebida, le dirigió una pregunta algo turbadora:

-¿Podría usted decirme de qué color serán los niños?

-¡Serán a rayas! -observó Polsikov.

-¿Cómo a rayas? -exclamaron, asombrados, lo asistentes.

-Muy sencillo: una raya blanca, otra negra; una raya blanca, otra negra... Como las cabras -explicó Polsikov, a quien inspiraba gran lástima su desgraciado amigo.

-¡No es posible! -exclamó Kotelnikov, poniéndose muy pálido.

Nastenka no podía contener las lágrimas; sollozando, huyó a su cuarto, llenando de emoción a los asistentes.

Durante dos años, Kotelnikov pareció el hombre más feliz de la tierra, y daba gusto verle. Hasta fue recibido un día con su mujer por el propio director. Cuando llegó a ser padre de un hijo se le dio, a modo de subsidio, una suma bastante crecida, y se le ascendió.

El hijo no era a rayas. Tenía un tinte ligeramente gris, más bien de color de oliva. Kotelnikov decía a todos que estaba encantado con su mujer y con su hijo; pero nunca se daba prisa en volver a casa y, cuando volvía, se detenía largo rato ante la puerta. Cuando su mujer salía a abrirle le enseñaba su dentadura, semejante al teclado de un piano, y lo blanco de sus ojos, grande como un plato. Cuando se estrechaba contra él, el pobre experimentaba una repulsión invencible y pensaba, con dolor, en los seres dichosos que tenían mujeres blancas y niños blancos.

Y a instancias de su mujer se dirigía a la habitación donde estaba su hijo. No podía ver a aquel niño de labios gruesos, gris como el asfalto; pero lo cogía en brazos y procuraba simular que se la caía la baba, combatiendo con gran trabajo la tentación de tirarlo al suelo.

Tras no pocas vacilaciones, escribió a su madre noticiándole su matrimonio, y, con gran asombro, recibió una respuesta alegre. También ella estaba satisfecha de que su hijo fuera un hombre tan original y de que el propio director hubiera sido su padrino.

A los dos años de su boda Kotelnikov murió de tifus. Momentos antes de morir hizo llamar al sacerdote. El cual, al ver a su mujer, acarició su espesa barba y lanzó un profundo suspiro. Él también sentía cierta admiración por Kotelnikov, con motivo de su originalidad. Cuando se inclinó sobre el moribundo, éste, haciendo acopio de todas sus fuerzas, exclamó.

-¡Aborrezco a ese diablo negro!

Sin embargo, un minuto después, como se acordase de su excelencia, del subsidio que le habían dado, de su subjefe, de Nastenka, y viese a su mujer llorar, añadió, con dulce:

-Me encantan las negras... Hay en ellas algo exótico.

Procuró iluminar su rostro con una sonrisa feliz, y, con una sonrisa en los labios, se fue al otro mundo.

La tierra le acogió indiferente, sin preguntarle si le gustaban o no le gustaban las negras, y mezcló sus huesos con los otros muertos. Pero en los círculos burocráticos se habló

todavía mucho de aquel hombre original, a quien volvían loco las negras y que encontraba en ellas algo exótico.

Ben Tovit

El día terrible en que se realizó la mayor injusticia del mundo, en que se crucificó en el Gólgota, entre dos bandidos, a Cristo, ese mismo día, el comerciante de Jerusalén Ben-Tovit tenía, desde por la mañana, un dolor horrible de muelas.

Le había comenzado la víspera, al anochecer. Ben-Tovit experimentó en el lado derecho de la mandíbula, en la muela contigua a la del juicio, una sensación singular, como si se le hubiera elevado un poco sobre las otras; cuando la rozaba con la lengua, sentía un ligero dolor. Pero después de comer, la molestia pasó, Ben-Tovit la olvidó y acabó de tranquilizarse con el cambio de su viejo asno por otro joven y vigoroso, negocio que le puso de buen humor.

Durmió con un sueño profundo; pero, al amanecer, algo vino a turbar su sueño. Se diría que alguien llamaba a Ben-Tovit para algún grave asunto. No pudiendo ya resistir aquella inquietud, se despertó y se dio cuenta al punto de que tenía dolor de muelas. Entonces era un dolor franco y claro, muy violento, un dolor agudo e insoportable. Y no se podía ya comprender si lo que le dolía era la muela de la tarde anterior o las demás contiguas a ella. Toda la boca y toda la cabeza le dolían, como si estuviese mascando millares de clavos ardiendo. Se enjuagó la boca con un poco de agua del cántaro; durante unos momentos el dolor se aplacó, y Ben-Tovit experimentó una ligera tirantez en las muelas. Dicha sensación, comparada con el dolor de hacía un instante, era incluso agradable. Ben-Tovit se acostó otra vez, se acordó de su nuevo asno y pensó que sería del todo feliz a no ser por el dolor de muelas. Trató de volver a dormirse, pero cinco minutos después el dolor comenzó de nuevo, más cruel que antes. Ben-Tovit se sentó en la cama y empezó a balancear el cuerpo acompasadamente. Su rostro adquirió una expresión de sufrimiento, y en su gran nariz, que había palidecido, apareció una gota de sudor frío.

Así, balanceándose y gimiendo lastimeramente, permaneció hasta la salida del sol; de aquel sol que estaba predestinado a ver el Gólgota con sus tres cruces y a eclipsarse de horror y de tristeza.

Ben-Tovit era un buen hombre, a quien repugnaba la injusticia; pero cuando su mujer se levantó, le dijo mil cosas desatentas, lamentándose de que le hubiera dejado solo y no hubiera hecho ningún caso de sus terribles sufrimientos.

La mujer no se incomodó por estos reproches injustos; no ignoraba que era el dolor, y en modo alguno la maldad, lo que hacía hablar así a su marido. Le auxilió, solícita, con no pocos remedios: una cataplasma, en la mejilla, de estiércol seco y pulverizado; una infusión muy fuerte de aguardiente y huesos de escorpión; un pedazo de la piedra en que estaban escritos los diez mandamientos, y que Moisés rompió en su cólera.

El estiércol aplacó un poco el dolor de Ben-Tovit, pero por breve tiempo. Los otros remedios produjeron el mismo efecto y, siempre tras un corto alivio, el dolor volvía a

empezar con redoblada fuerza. Durante los escasos momentos de tregua, Ben-Tovit procuraba olvidarlo completamente, poniendo el pensamiento en su nuevo asno; pero cuando se hacía sentir otra vez, empezaba a gemir, a insultar a su mujer y a decir que se iba a romper la cabeza contra la pared.

Sin cesar iba y venía por el terrado de su casa, sin acercarse demasiado a la barandilla, para que los transeúntes no le vieran con la cabeza envuelta en un pañuelo, como una mujer. Con frecuencia, sus hijos acudían junto a él y referían, interrumpiéndose, algo relativo a Jesús Nazareno. Ben-Tovit se detenía entonces un instante para escucharlos; pero ponía luego cara de pocos amigos, hería iracundo el suelo con el pie y echaba a los niños; aunque era un hombre de buen corazón y aunque amaba a sus hijos, se enojaba con ellos, lleno de fastidio, al oír aquellas naderías. Le enfadaba también que la calle y los terrados de las casas vecinas estuvieran llenos de gente que no hacía nada y le miraba con curiosidad pasearse con la cabeza envuelta en un pañuelo, como una mujer. Quería ya bajar, cuando su mujer le dijo:

-Mira, conducen a los bandidos; quizá eso te distraiga.

-¡Déjame en paz! -respondió colérico Ben-Tovit-. ¿No ves lo que sufro?

Pero había en la proposición de su mujer algo como una promesa vaga de que el dolor de muelas se le aplacaría si miraba a los bandidos, y se acercó a la barandilla. La cabeza inclinada a un lado, un ojo cerrado, la mano en la mejilla, miró hacia abajo.

A lo largo de la estrecha calle empinada marchaba, en completo desorden, una multitud enorme, levantando gran polvareda. Se oían gritos, centenares de voces mezcladas. En medio de la multitud, encorvados bajo el peso de las cruces, avanzaban los condenados. Por encima de sus cabezas, semejantes a serpientes negras, chasqueaban los látigos de los soldados romanos. Uno de los condenados -el que tenía largos cabellos rubios y llevaba las vestiduras rotas y ensangrentadas- tropezó en una piedra que le habían tirado y cayó.

Redobló sus gritos la multitud, que parecía un mar agitado cubriendo con sus olas la superficie de un islote.

Ben-Tovit, de repente, sintió tal dolor, que se estremeció, como si alguien le hubiera horadado la muela con una aguja. Lanzó un gemido lastimero y se apartó de la barandilla, encolerizadísimo, importándole un bledo cuanto sucedía en la calle.

-¡Dios mío, cómo gritan! -gruñó, imaginándose las bocas muy abiertas, con las muelas no atormentadas por el dolor.

A no ser por el que le hacía ver las estrellas, hubiera podido gritar como los demás, quizá más fuerte aún. Al pensar en esto, se hizo más cruel su sufrimiento, y Ben-Tovit empezó a balancear furiosamente la cabeza y a lanzar gritos.

-Cuentan que curaba a los ciegos -dijo su mujer, que no se apartaba de la barandilla ni dejaba de mirar abajo.

Y tiró una piedrecita al sitio por donde pasaba Jesús, que avanzaba lentamente, medio muerto ya a latigazos.

-¡Tonterías! -respondió Ben-Tovit con acento burlón-. ¡Si posee, en efecto, el don de curar, que me cure a mí el dolor de muelas!

Y tras un corto silencio añadió:

-¡Dios mío, qué polvareda han levantado! ¡Ni que fueran un rebaño! Debían de echarlos a palos. ¡Llévame abajo, Sara!

Su mujer tenía razón. El espectáculo le había distraído un poco, o quizá el estiércol pulverizado le había aliviado. El caso es que no tardó en dormirse. Cuando se despertó, el dolor había desaparecido casi por completo; sólo el lado derecho de la mandíbula parecía ligeramente hinchado; tan ligeramente, que apenas se notaba. Al menos, así lo aseguraba su mujer. Ben-Tovit, escuchándola, sonreía maliciosamente; bien sabía que a su mujer, por su bondad de corazón, le gustaba decir cosas agradables.

Un rato después llegó su vecino, el peletero Samuel. Ben-Tovit le enseñó su nuevo asno, y, lleno de orgullo, escuchó los plácemes de Samuel a propósito del cuadrúpedo.

Después, a ruegos de Sara, que era muy curiosa, se dirigieron los tres al Gólgota, a ver a los crucificados. Por el camino, Ben-Tovit refirió a Samuel, sin omitir detalles, cómo había tenido dolor de muelas, cómo sintió al principio la molestia en el lado derecho de la mandíbula, cómo se había despertado al amanecer, atacado, súbitamente, de un dolor insoportable. Para dar una idea más exacta de sus sufrimientos, hacía muecas, cerraba los ojos, balanceaba la cabeza y gemía. Su vecino asentía compasivamente, acariciando su larga barba blanca, y decía:

-¡Dios mío! ¡Es terrible!

A Ben-Tovit le complacía observar que Samuel apreciaba toda la intensidad de sus sufrimientos recientes. Refirió por segunda vez cuanto le había sucedido. Después recordó que hacía ya mucho tiempo había tenido un dolor de muelas, pero en el lado izquierdo de la mandíbula inferior.

Así, en conversación animada, subieron al Gólgota. El sol, condenado a alumbrar el mundo durante aquel día terrible, se había ya ocultado tras las colinas lejanas. En el firmamento, hacia el Oeste, llameaba, semejante a un rastro de sangre, una ancha banda roja. Sobre el fondo del cielo se destacaban vagamente las cruces. Al pie de la de en medio podían distinguirse siluetas humanas prosternadas.

La multitud se había ido hacía tiempo. Comenzaba a sentirse frío.

Después de dirigir una mirada distraída a los crucificados, Ben-Tovit cogió a Samuel del brazo, y los tres se encaminaron a la casa. Ben-Tovit experimentaba un deseo violento de seguir hablando, y comenzó de nuevo a hablar del dolor que había tenido. Así, charlando, caminaban Gólgota abajo. Ben-Tovit, animado por las exclamaciones de compasión que profería de vez en cuando su vecino, daba a su rostro una expresión de sufrimiento, cerraba los ojos, balanceaba la cabeza, gemía, mientras de las profundas simas de la montaña y de las llanuras lejanas ascendía la oscura noche, que parecía deseosa de ocultar al cielo el gran crimen que se acababa de cometer sobre la tierra.

Ladrón

Fiodor Iurasov, el ladrón tres veces condenado por robo, se dirigía a visitar a su antigua amante, una prostituta que vivía a unas ochenta verstas de Moscú. Mientras esperaba la salida del tren, entró en la cantina de primera y se atracó de pasteles y vino, que le sirvió un camarero de frac. Luego, cuando todos los pasajeros subieron a los vagones, se confundió con ellos y, disimuladamente, aprovechándose del general barullo, le quitó el portamonedas a un señor de edad que era su vecino.

Iurasov estaba bastante bien de dinero, incluso más que bien, y aquel robo casual improvisado no podía redundar sino en perjuicio suyo. Así sucedió. Al parecer, el caballero advirtió el hurto y se quedó mirando a Iurasov con unos ojos escrutadores y extraños. No se detuvo, pero se volvió varias veces para mirarlo. Más tarde, Iurasov vio al caballero en la ventanilla de uno de los vagones, muy emocionado y descompuesto, con el sombrero en la mano. Le vio saltar de un brinco a la plataforma, pasar una rápida revista a todos los presentes y mirar adelante y atrás como si buscara a alguien. Por suerte para el ratero, sonó el tercer toque de llamada y el tren se puso en movimiento. Iurasov siguió observando con cautela. El caballero, aun con el sombrero en la mano, seguía parado al extremo de la plataforma y miraba atentamente a todos los que pasaban, como si los estuviese contando. Seguía parado, pero seguramente producía la ilusión de que andaba; tan ridículo y raro era el modo que tenía de abrir las piernas.

Iurasov se incorporó y echó hacia atrás las rodillas. Entonces se sintió más alto, erguido y joven. Luego, con gran aplomo, se atusó con ambas manos las guías de sus bigotes. Eran unos bigotazos magníficos, enormes y rubios como dos haces de oro arqueados en los extremos. Mientras sus dedos se complacían en el grato roce de sus suaves y sedosos cabellos, sus ojos grises, con una gravedad ingenua y desinteresada, observaban los entrecruzados carriles de las próximas vías, cuyos destellos metálicos y silenciosas curvas parecían serpientes huyendo a toda prisa.

Después de contar en el retrete el dinero robado -unos veinticinco rublos con algún menudo-, Iurasov empezó a dar vueltas en sus manos al portamonedas. Éste era viejo, mugriento y cerraba mal. Además olía horriblemente a esencia, como si hubiera andado mucho tiempo en manos de mujeres. Aquel olor, impuro y sugestivo a un tiempo, le recordó gratamente a la persona a la que iba a ver. Por lo que, sonriendo alegre y sin sombra de pesar, volvió a su coche.

Desde que salió por última vez de la cárcel y mejoró de fortuna, se esforzaba en ser como todo el mundo, cortés, decoroso y modesto; vestía paletó de auténtico paño inglés y calzaba botines pajizos. Estaba muy ufano y muy convencido de que todos le tomaban por un joven alemán, acaso un tenedor de libros de alguna importante casa de comercio. Leía siempre la sección de Bolsa de los periódicos, estaba al corriente del alza y baja de todos los valores y sabía sostener una conversación sobre asuntos mercantiles; a veces, a él mismo le parecía que efectivamente no era el campesino Fiodor Iurasov, ladrón tres veces condenado por robo y ex presidiario, sino un joven alemán perfectamente honorable llamado por ejemplo Walter Heinrich, como solía hacerlo aquélla a quien iba a ver. Además, incluso los comerciantes le llamaban el alemán.

En los divancillos del compartimiento sólo había dos personas; un oficial retirado, ya viejo, y una señora que, a juzgar por su aspecto, parecía vivir en una dachta y haber ido a la ciudad de compras. Sin embargo, y a pesar de que se veía a la legua, Iurasov preguntó con mucha fineza si había algún asiento libre.

No le contestó nadie y entonces se dejó caer con afectada circunspección en los muelles cojines del diván, estiró con cuidado sus largos pies, calzados con los botines amarillos,

y se quitó el sombrero. Miró afablemente al oficial anciano y a la señora y descansó en la rodilla su ancha y blanca mano con la deliberada intención de que se fijasen en la sortija de brillantes que lucía en el dedo meñique. Los brillantes eran falsos y relucían de un modo escandaloso, por lo que todos lo notaron, aunque nadie dijo nada. El viejo volvió la hoja del periódico y la señora, que era joven y guapa, se puso a mirar por la ventanilla. En vista de ello Iurasov sospechó que habían descubierto su personalidad y que, por una u otra razón, no le tomaban por un joven alemán. Así pues, escondió despacito la mano, que ahora le parecía demasiado grande y demasiado blanca, y con un tono de voz perfectamente correcto preguntó a la señora:

-¿Se dirige usted a la dachta?

La interpelada aparentó estar muy ensimismada y no haberle oído. Iurasov conocía de sobra esa antipática expresión que asoma al rostro del hombre cuando pretende mostrarse ajeno a los demás. Luego se volvió hacia el oficial y le preguntó:

-¿Tendría usted la amabilidad de ver en el periódico cómo van las Pesqueras? Yo no lo recuerdo.

El anciano dejó a un lado el periódico y, frunciendo secamente los labios, se quedó mirándole con ojos escrutadores, casi ofendido.

-¿Cómo? ¡No he oído bien!

Iurasov repitió la pregunta recalcando cuidadosamente las palabras. El oficial le miró de un modo nada alentador y pareció a punto de enfadarse. La piel de su mollera enrojecía entre los pocos pelos grises que aún le quedaban y la barba le temblaba.

-No lo sé -contestó de mal talante-. No lo sé. Aquí no dice nada. No comprendo por qué la gente es tan preguntona.

Y volvió a coger el periódico, que luego dejó varias veces para mirar malhumorado a aquel impertinente. A partir de aquel momento todos los viajeros del coche le parecieron malos y extraños a Iurasov. No le parecía hallarse en un coche de primera, en un blando diván de ballestas. Con una pena y una rabia sordas recordó que, siempre y en todas partes, entre las gentes de orden había encontrado aquella expresión de hostilidad. Ciertamente, vestía un paletó de paño inglés legítimo, calzaba botines amarillos y lucía una sortija de precio, pero no obstante parecía como si los demás no se diesen cuenta. Visto en el espejo él era como todo el mundo y hasta mejor; no llevaba escrito en la cara que fuese el campesino Fiodor Iurasov, el ladrón, ni tampoco el joven alemán Heinrich Walter. Había en el ambiente algo inaprensible, incomprensible y traicionero: todos le veían y él era el único que no se veía. Aquello le infundía inquietud y temor. Sentía deseos de huir. Miró en torno suyo con ojos suspicaces y agudos y salió del departamento con grandes y recias zancadas.

II

Corrían los primeros días de junio y todo verdeaba con aire juvenil y fuerte: la hierba, las plantas, los huertos, los árboles... Iurasov, pálido y melancólico, sólo en la inestable plataforma del coche, sentía inquieta su alma silenciosa e inaprensible, mientras que los bellísimos campos enigmáticamente silenciosos, llevaban hasta él algo que le recordaba la misma fría extrañeza de los viajeros del coche.

En la ciudad, donde Iurasov había nacido y crecido, las casas y las calles tienen ojos y con ellos miran a la gente: a algunos con hostilidad y odio, a otros con cariño; pero aquí

nadie le miraba. También los coches parecían ensimismados. Aquel en que se encontraba Iurasov corría renqueando y tambaleándose con mal humor; el de detrás se deslizaba ni de prisa ni despacio, como si fuese independiente y también parecía mirar a la tierra y aguzar el oído. Por debajo de los coches, sonaba un fragor de distintas voces, algo así como una canción, como una música, cual el parloteo de alguien extraño e incomprensible. Todo era raro y lejano.

Iurasov recordaba que el día anterior, a la misma hora, estaba sentado en el restaurante El Progreso sin pensar para nada en aquellos campos y, sin embargo, ellos estaban allí, igual que hoy, igual de plácidos y de lindos.

La noche anterior, en tanto Iurasov estaba sentado en El Progreso -bebiendo vodka y mirando el acuario en que nadaban unos pececillos desvelados- seguían allí con la misma profunda serenidad aquellos abedules, cubiertos por la bruma que los envolvía por todos lados.

Con la extraña idea de que sólo la ciudad era real y todo aquello era una fantasmagoría y pensando que si cerraba los ojos y luego los abría ya todo habría desaparecido, Iurasov frunció el entrecejo y se sosegó. Se sintió luego tan a gusto y en una disposición de ánimo tan insólita, que ya no sintió deseos de abrir los ojos. Sus pensamientos se borraron y con ellos sus dudas y su sorda y cortante inquietud. Su cuerpo, de modo maquinal y grato, se mecía al compás del vaivén del coche. Iurasov soñaba vagamente y se imaginaba que de sus mismos pies y de su cabeza inclinada, que sentía con inquietud la fofa vacuidad del espacio, arrancaba un verde y hondo abismo, henchido de dulces palabras y de tímidas y discretas caricias. Y, cosa rara, le parecía como si allá lejos estuviese cayendo una lluvia mansa y tibia.

El tren aflojó su marcha y se detuvo un momento, un minuto. De repente, por todos lados, Iurasov se sintió envuelto en una paz inmensa, inabarcable, fabulosa cual si no fuera un minuto el tiempo de aquella parada, sino años, diez años, una eternidad. Por fin, todo se volvió silencioso.

Cual avergonzado él mismo de su fragor, el tren se puso de nuevo en marcha, ahora silenciosamente, y sólo a una versta del tranquilo andén, cuando sin dejar huella se metió por el verde bosque y los campos, volvió a dejar oír libremente su estruendo. Iurasov, emocionado, contempló la explanada, se atusó maquinalmente los bigotes, miró al cielo con los ojos brillantes y, ávidamente, se apretó contra la baranda del coche, por el lado en que el sol, rojo y enorme, daba de plano sobre el horizonte. Encontraba algo, comprendía algo que siempre se le había escapado haciendo que la vida le resultase absurda y pesada.

-Sí, sí -afirmó, serio y preocupado, moviendo con energía la cabeza-, no hay duda que así es. ¡Sí..., sí!

Mientras, las ruedas del tren confirmaban con múltiples voces: «Desde luego, así es. ¡Sí, sí!». Y como si así fuere y se impusiese no hablar, sino cantar, Iurasov se puso a canturrear; primero bajito; luego cada vez más alto, hasta fundir su voz con el fragor y el traqueteo del tren. El compás de aquel canto lo marcaba el vaivén de las ruedas; pero la melodía era una ondulante y diáfana onda de sonidos.

Iurasov cantaba mientras el purpúreo matiz del sol poniente le ardía en la cara, en su paletó de paño inglés y en sus botines amarillos. Cantaba, despidiéndose del sol, y su canción era cada vez más triste, como si el pájaro sintiera la sonora amplitud del

celestial espacio, se estremeciera a impulsos de una tristeza ignorada y llamase a alguien.

Cuando el sol acabó de ponerse, una gris telaraña cayó sobre la tierra y el cielo. También cayó sobre su rostro, proyectó en él los últimos destellos de poniente y murió.

III

Llegó el revisor y, groseramente, le dijo a Iurasov:

-No se puede estar en la plataforma. Pase adentro, al coche.

Luego se fue malhumorado, dando un portazo. Con el mismo mal humor, Iurasov le lanzó a la espalda un «¡Estúpido!».

Le pareció entonces que todo aquello venía de allí, de las personas decentes. Y de nuevo se sintió el alemán Heinrich Walter ofendido e irritado. Se encogió altivamente de hombros y le dijo a un imaginario y grave caballero: «¡Oh, qué soez! Todo el mundo se sale a la plataforma y ahora el revisor dice que no se puede estar aquí. ¡El diablo que lo entienda!»

Llegó luego otra parada rodeada de un súbito y poderoso silencio. Ahora, de noche, la hierba y el bosque despedían un olor aún más intenso y la gente que pasaba no parecía ya grotesca y pesada como antes; una diáfana penumbra los cubría. Incluso dos mujeres, que aparecieron con unos trajes claros, daban la impresión de que volaban como cisnes en vez de andar. De nuevo surgieron aquel bienestar y aquella tristeza y otra vez le entraron a Iurasov ganas de cantar, pero no oía su propia voz y en su lengua se revolvían palabras superfluas y desabridas. Tenía ganas de meditar y de llorar un llanto grato y sin consuelo. Al mismo tiempo imaginaba estar en compañía de un caballero respetable, con el que hablaba con claridad y precisión.

Los oscuros campos pensaban de nuevo en algo suyo y se volvían incomprensibles, fríos y extraños. Las ruedas se movían sin sentido y parecía como si se enredasen unas con otras. Algo se atravesaba entre ellas y rechinaba con recio estridor, algo chapoteaba a intervalos; era una cosa semejante al andar de una tropa de individuos borrachos, estúpidos, que no atinasen con el camino. Luego, aquellos individuos empezaban a reunirse en grupos, se reorganizaban y se ponían brillantes trajes de café cantante. Después avanzaban y, todos al mismo tiempo, cantaban a coro con sus voces de borrachos:

Melanya mía la de los ojazos...

Tan abominablemente viva recordaba Iurasov aquella copla que había oído en todos los parques públicos y que cantaban sus compañeros, que quiso librarse de ella como si se tratase de algo vivo o de una piedra lanzada desde una esquina. Tan feroz poder tenía aquella letra absurda, bárbara y procaz, que todo el largo tren con su centenar de girantes ruedas, parecía ponerse a corearla:

Melanya mía, la de los o... ja... zos...

Algo informe y monstruoso, vago y pegajoso, con miles de gruesos labios, se le echaba encima, le besuqueaba con besos húmedos y sucios y reía. Rugía con miles de gargantas, silbaba, golpeaba y se plantaba en la tierra como rabioso. Iurasov se imaginaba las ruedas como unas varas anchas y redondas que, por entre risas interminables, fundidas en el torbellino de la embriaguez, golpeteaban:

Melanya mía, la de los o... ja... zos...

Sólo los campos callaban. Fríos y serenos, hondamente sumidos en su alma pura y solemne, no sabían nada de la remota ciudad de piedra de los hombres y permanecían ajenos a sus almas, desasosegadas y turbadas por penosos recuerdos. El tren llevaba a Iurasov hacia delante mientras aquella procaz y absurda copla le llevaba atrás, a la ciudad, tirando de él grosera y feroz, como de un presidiario que intenta fugarse y al que detienen en los umbrales del penal. Todavía forcejea, todavía tiende los brazos al amplio y dichoso espacio; pero ya en su cabeza se levantan, como una fatalidad ineludible, los crueles cuadros del cautiverio entre los pétreos muros y los férreos cerrojos.

Si hubiera estado durmiendo mil años y luego se hubiese despertado en un nuevo mundo y entre gente nueva, no se habría sentido tan solo, tan extraño a todo, como ahora. Hacía por evocar en su memoria algo próximo y amable, pero no podía, y la insolente copla seguía rebulléndose en su esclavizado cerebro y levantaba en él tristes y dolorosos recuerdos, que proyectaban sombra sobre toda su vida.

Se preguntaba las razones que le habían inspirado a hacer aquel viaje. Ahora, estaría sentado en El Progreso, bebiendo, charlando y riendo. Sintió odio contra aquella a la que iba a ver, miserable y sucia compañera de su sucia vida. Era rica y traficaba con muchachas; le quería y le daba dinero, todo cuanto deseaba; pero él iba y le pegaba hasta hacerla sangrar, hasta hacerla chillar como un marranillo. Después se emborrachaba y se echaba a llorar, se apretaba el gañote y cantaba entre sollozos:

Melanya mía...

Pero ya las ruedas no cantaban. Cansadas, como niños enfermos, giraban quejumbrosas y se diría que se apretaban unas contra otras, buscando mimo y paz. A lo lejos, brillaba el resplandor de las luces de la estación y, desde allí, juntamente con el tibio y fresco aire de la noche, llegaban volando los suaves y tiernos ecos de una música. Pasó la pesadilla y, con la habitual ligereza del hombre que no tiene lugar en la tierra, Iurasov se olvidó de ella, emocionado, y aguzó el oído percibiendo una conocida melodía.

-¡Están bailando! -dijo y sonrió animado.

Luego, con ojos placenteros miró en torno suyo y se restregó las manos.

-¡Están bailando! ¡El diablo me lleve! ¡Están bailando!

Enarcó los hombros e, instintivamente, se puso a marcar el compás de aquel baile sintiendo el ritmo. Era muy amigo del baile y cuando bailaba se volvía bueno, cariñoso y tierno. Ya no era ni el alemán Heinrich Walter ni Fiodor Iurasov, sino un tercer personaje que nadie conocía.

-¡Están bailando! ¡Ay, así el diablo me lleve! -repitió.

IV

El baile se celebraba junto a la misma estación. Lo habían organizado los vecinos de las datchas; habían traído músicos y habían encendido farolillos rojos alrededor de la plaza, ahuyentando las sombras de la noche hasta las copas de los árboles. Estudiantes, señoritas con trajes claros y algunos oficialillos jóvenes con espuelas -si no eran muchachos disfrazados de tales- daban vueltas por la amplia explanada, levantando la arena con los pies y dejando flotar faldas al aire. A la luz vacilante de los farolillos, todas aquellas figuras parecían hermosas.

El tren se detuvo cinco minutos y Iurasov se metió en el corro de los curiosos que formaban un oscuro y opaco anillo rodeando la plaza y apretándose tras la alambrada. Algunos sonreían en forma extraña y cautelosa; otros se mostraban mohínos y tristes, con esa especial y pálida tristeza que suele inspirar a la gente el espectáculo de la alegría ajena. Pero Iurasov estaba alegre; miraba a los danzantes con ojos inspirados, de entendido, y los animaba dando pataditas suaves en el suelo. De pronto, decidió:

-No sigo adelante. ¡Me quedo a bailar!

Dos personas se destacaron del corro, empujando indolentemente al gentío, eran una señorita vestida de blanco, y un joven corpulento, casi tan alto como Iurasov.

A éste le pareció, sin género de duda, que la muchacha irradiaba claridad: tan blanco era su traje y tan negras sus cejas sobre su blanco rostro. Con la convicción del hombre que baila bien, Iurasov siguió a la pareja y preguntó:

-¿Quieren decirme, por favor, dónde se despachan los billetes para el baile?

El jovencito se volvió, examinó a Iurasov con una severa mirada y respondió:

-Es un baile particular.

-Yo voy de viaje. Me llamo Heinrich Walter.

-Bien, ya le he dicho que es un baile sólo para nosotros.

-Yo me llamo Heinrich Walter; Heinrich Walter.

-¡Y yo le he dicho...!

El joven se detuvo, amenazante; pero la señorita del traje blanco se lo llevó.

¡Si se hubiese detenido a mirar a Heinrich Walter! Pero ni siquiera le miró. Blanca y luminosa, como una nube ante la luna, brilló largo rato en la sombra y, sin ruido, se sumió en ella.

-¡No me hace falta! -murmuró tras de ellos Iurasov con altivez.

Pero su alma se quedó tan blanca y fría como si sobre ella hubiese nevado.

El tren seguía todavía parado por alguna razón y Iurasov se puso a ir y venir a lo largo de los coches, guapo, serio y estirado en su glacial desesperación. Ahora nadie le hubiera tomado por un ratero tres veces procesado por robo y con varios meses de presidio cumplidos.

Volvió a sonar la música y, en medio de sus triviales sonos Iurasov pudo escuchar a ráfagas, un extraño e inquietante diálogo que le hizo aflojar el paso y aguzar el oído:

Un pasajero preguntó:

-Oiga usted, conductor: ¿por qué no sigue el tren?

El conductor, indiferente, respondió:

-Cuando se detiene, por algo será. A lo mejor el fogonero se ha ido al baile.

El pasajero se echó a reír y Iurasov siguió paseando. Pero al volver de su paseo, oyó decir al conductor:

-Parece que viene en este tren.

-Pero ¿quién lo ha visto?

-Verlo, nadie lo ha visto. Pero lo ha dicho el gendarme...

-El gendarme, ¿qué sabe? Todos ellos son unos estúpidos...

Sonó la campanilla y Iurasov tuvo un minuto de indecisión. Por aquella parte del baile pasó la señorita de blanco colgada del brazo de alguien. Iurasov cruzó la plaza y subió al tren.

V

Empujando con la portezuela a Iurasov y sin reparar en él, el conductor bajó rápidamente al andén con un farolillo, y subió al siguiente vagón. Ni sus pasos ni los portazos que daba se oían en medio del fragor del tren, pero toda su vaga y escurridiza figura, con sus bruscos movimientos, daba la impresión de un alarido momentáneo, secamente cortado. Iurasov sintió frío, y algo surgió rápidamente en su imaginación. Como un fuego, prendió en su corazón y en todo su cuerpo una terrible idea: le habían cazado. Le habían visto, le habían reconocido, habían teleografiado y ahora andaban buscándole por los coches. Aquel individuo de que tan enigmáticamente hablaba el conductor era él, Iurasov. ¡Y qué cosa tan horrible reconocerse a sí mismo en aquel impersonal «él» del que hablaban gentes subalternas, desconocidas!

Y ahora seguían hablando de él y le buscaban. Parecían venir del último coche; lo adivinaba con el husmeo de la fiera experta. Tres o cuatro individuos, con sendos faroles, estaban examinando a los viajeros, mirando por los rincones oscuros, despertando a los dormidos, cuchicheando entre sí y, paso tras paso, con gradación fatal, con inexorable ineluctabilidad, acercándose a él, a Iurasov, a él, que estaba parado en el estribo y aguzaba el oído, alargando el cuello. Mientras, el tren seguía corriendo con feroz velocidad. Las ruedas no cantaban ni hablaban. Gritaban con voces de hierro, cuchicheaban furtiva y secamente y chillaban con el bárbaro ímpetu de la ira como si azuzasen a una jauría de perros desvelados.

Iurasov rechinaba los dientes y, forzado a la inmovilidad, meditaba. ¿Qué debía hacer? Tirarse de un salto, yendo el tren a aquella velocidad, era imposible; por otra parte, hasta la primera estación faltaba un buen trecho; había pues que seguir adelante y aguardar. Mientras los sabuesos registraban todos los coches, podía ocurrir algo. Si entretanto llegasen a aquella estación y aflojase la marcha, podría tirarse. Cabía también entrar por la primera puerta tranquilamente, sonriendo para no parecer sospechoso, teniendo a mano un cortés y persuasivo «Perdón»; pero en el semioscuro coche de tercera había tanta gente y tan confundida en aquel caos de sacos, baúles y piernas estiradas, que perdía las esperanzas de llegar hasta la salida, y le asaltaba un nuevo e inesperado sentimiento de miedo. ¿Cómo abrirse paso por entre aquella muralla? Los viajeros dormían, pero sus piernas extendidas le obstruían el paso. Aquellas piernas salían, no se sabía de dónde colgaban sobre el suelo, cruzándose de un banco al otro, abriéndose cual si fuesen plegables y terriblemente hostiles en su afán por volver al sitio anterior y a su postura primitiva. Se aflojaban y se estiraban como resortes, empujando brutalmente a Iurasov e infundiéndole espanto con su absurda y amenazante oposición. Por fin llegó a la puerta: se la cerraban como dos barras de hierro dos pies calzados con botas descomunales, malignamente extendidos, apuntando a la puerta, apoyándose en ella, plegándose cual si no tuvieran huesos. Apenas si dejaban un angosto resquicio para que pasase Iurasov. Además aquella no era la plataforma sino otro compartimiento del

mismo coche, atestado de objetos apilados y de miembros humanos, como desarticulados. Cuando, agachándose como un toro, logró llegar por fin a la plataforma, sus ojos miraron estúpidamente, con el oscuro terror del animal acosado, que no comprende por qué lo persiguen. Respiraba afanoso, aguzando el oído y percibiendo entre el ruido de las ruedas el de sus perseguidores que se acercaban. Venciendo su terror, empezó a correr hacia la oscura y silenciosa puerta. De nuevo, allí, la misma lucha de antes, la misma absurda y amenazante oposición de los malignos pies humanos. En el coche de primera, en el angosto corredorcillo, se agolpaban en las ventanillas abiertas una pandilla de viajeros que sin duda alguna no tenían sueño. Una señorita joven, con los cabellos rizados, miraba por una ventanilla. El aire agitaba los visillos y echaba hacia atrás los bucles de la señorita. Iurasov pensó que el aire olía a pesados perfumes ciudadanos, artificiales.

-Pardon!-decía con finura-. Pardon!

Los caballeros, lentamente y de mala gana, se encogían, mirando con malos ojos a Iurasov; la señorita de la ventanilla ni le oía, mientras que otra señora, burlona, le daba golpecitos en el hombro. Finalmente, se volvió y, antes de dejar paso, se quedó mirándole largo rato con unos ojos terribles. En sus ojos había una noche oscura y su fruncido ceño parecía poner en duda si dejaría pasar o no a aquel caballero.

-Pardon!-repetía Iurasov con tono implorante.

Por fin la señorita vestida de crujiente traje de seda se replegó de mala gana contra la pared.

Luego, otra vez aquellos terribles coches de tercera; diez, ciento, le parecía a Iurasov que había recorrido; por fin, llegó a la plataforma. Más allá nuevas puertas inflexibles y piernas apretadas, malignas y bestiales. Y al final, ¡la última plataforma! y ante él la oscura y sorda muralla del coche de equipajes. Por un momento Iurasov desfallece. Siente cómo la pared fría y dura contra la cual se apoya lo repele con suavidad e insistencia. Lo repele y empuja, cual si estuviese viva, cual un astuto y cauto enemigo que no se atreve a atacar abiertamente. Todo cuanto ha sentido y visto Iurasov, se entreteje en su cerebro formando un solo y bárbaro cuadro de enorme e implacable acoso. Le parece como si todo aquel mundo que él tenía por indiferente y ajeno se levantara ahora y le persiguiese, resoplando de rabia. Todo lo que un momento antes parecía soñoliento y bostezante se alza ahora con todo su obstruyente volumen y se alarga tras él, saltando, galopando y atropellando todo cuanto encuentra en su camino. Él solo... y ellos miles, millones, todo el mundo; todos tras él y delante de él o por todas partes. No hay salvación contra ellos.

Los coches corren, traquetean furiosamente, empujan y semejan monstruos rabiosos de hierro, con piernecillas cortas, que avanzan y se posan cautamente en la tierra. En la plataforma reina la oscuridad y por ninguna parte asoma un destello de luz. Todo cuanto pasa ante los ojos es informe, confuso e incomprensible. Allí, detrás de unos cuantos coches, parece que rebullen tres hombres, quizá uno solo con el mismo sigilo. Tres o cuatro, con un farol, inspeccionan escrupulosamente a los viajeros. Y, con una parsimonia bárbara, grotesca y engorrosa, se dirigen finalmente hacia él. Ya abren la puerta..., ya llegan...

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Iurasov se impone a sí mismo calma y, girando la vista lentamente, se encarama al techo del coche. Trepa por la estrecha pasarela de hierro que cierra la entrada y, encogiéndose, tiende los brazos hacia arriba; por un

momento queda colgando sobre el vagón, vivo y maligno vacío, con las piernas zarandeadas por el frío viento. Resbalan sus manos en el férreo techo, se agarran al borde, y éste se dobla cual si fuera de papel; sus pies buscan cuidadosamente un sostén y sus botines amarillos, firmes como de madera, pugnan desesperados en torno al liso e igualmente firme poste. Por un momento, Iurasov tiene la sensación de que se va a caer a la vía. Pero ya en el aire, arqueando el cuerpo como un gato, cambia la dirección y consigue caer sobre la plataforma. Siente un fuerte dolor en las rodillas, cual si le hubieran dado un golpe con algo, y percibe el chasquido de la tela que se rasga. Se le ha enganchado y roto el paleta. Sin preocuparse del dolor, Iurasov se palpa el desgarrón, como si fuese lo más importante, mueve tristemente la cabeza y se muerde los labios...

Tras su infructuosa tentativa, desfallece y le entran ganas de tirarse al suelo, de llorar, de decir: «Cójame si quieren». Ya está escogiendo el sitio donde ha de tenderse, cuando vuelven a su memoria aquellos coches y aquellos pies entrelazados y oye claramente los pasos de los hombres de los farolillos. Otra vez hace presa en su ánimo aquel absurdo y bestial pánico y se lanza a la otra plataforma como una pelota, de un extremo al otro.

Otra vez pugna, repitiendo inconscientemente su intento, por encaramarse al techo del vagón, cuando un clamor bronco, un ancho bostezo, entre silbido y grito, hiere sus oídos y apaga su conciencia. Es el silbido de la locomotora saludando a otro tren que pasa; pero Iurasov siente algo infinitamente espantoso, supremo en su terror, irrevocable. Como si el mundo lo rechazase y con todas sus voces lanzase un bronco clamor de: «¡Bravo!».

Y cuando de la sombra que se acerca, surge el fragor creciente de la réplica, cada vez más próximo, y sobre los carriles de la lustrosa vía se extiende el insinuante silbido del tren correo, Iurasov suelta la barra de hierro en que se apoya y de un salto se lanza al vacío, allí donde al alcance de la mano serpentean los iluminados carriles. Se lastima dolorosamente los dientes, se revuelca varias veces y, cuando alza la cara, con los bigotes encrespados y la boca desdentada, ve cernirse sobre él tres farolillos, tres vagas lucecillas tras cristales convexos.

No llega a comprender lo que significan.

El silencio

I

Una noche clara de mayo en la que cantaban los ruiseñores, en el estudio del pope Ignacio penetró su mujer. En su rostro se dibujaba un aire de pena, y la lamparita temblaba en su mano. Se acercó a su marido y, tocándole con la mano, le dijo con lágrimas en los ojos:

-¡Pope, vamos a ver a nuestra hijita Vera!

Sin volver siquiera la cabeza, el pope miró fija y largamente a su mujer por encima de sus lentes, y no dijo nada. Ella hizo un gesto de desesperación y se sentó sobre una otomana.

-¡Los dos son tan... impiadosos! -exclamó y su cara de buena mujer, algo inflada, se contrajo en una mueca de dolor, como si con aquella mueca quisiera dar a entender el grado de crueldad de su esposo y de su hija.

El sonrió y se levantó. Cerró su libro, se quitó los lentes, los metió en un estuche y se sumió en profundas reflexiones. Su larga barba, de hilillos de plata, le cubría el pecho.

-Bueno; vamos allá -dijo al fin.

Olga Stepanevna se incorporó presurosa y le suplicó con voz tímida:

-Pero no hay que reñirla... Sabes que es muy sensible...

La habitación de Vera se hallaba arriba. La angosta escalera de madera se cimbreaaba bajo los pasos del pope Ignacio, alto y grueso. Estaba de mal humor. Sabía que su conversación con Vera no conduciría a nada.

-¿Qué pasa? -preguntó Vera, sorprendida, al verlos entrar.

Estaba en la cama. Con una mano se cubría la frente; la otra reposaba sobre el lecho, y era tan blanca y transparente, que apenas se distinguía sobre la blanca sábana.

-¡Vera, niña mía! -murmuró el padre, tratando de dar a su voz dura y severa notas más dulces-. Dinos, ¿qué tienes?

Vera guardó silencio.

-Pero, veamos, Vera. ¿Es que tu madre y yo no somos dignos de tu confianza? ¿Es que no te amamos? No hay en el mundo quién te ame más que nosotros. Dinos por qué sufres, y se desahogará tu corazón, lo cual te hará bien. Créeme, pues conozco la vida y tengo experiencia. También a nosotros nos hará bien eso. Mira cómo sufre tu madre...

-¡Verita! -suplicó la madre.

-Y yo también -continuó el padre, con voz temblorosa, como si algo se hubiera roto en él-. ¿Crees que soy dichoso viéndote así? Sé que sufres, pero, ¿por qué? Yo, tu padre, no sé nada. ¿Crees que eso es justo?...

Vera seguía sin decir nada. Dominando la furia que le subía a la garganta, prosiguió él:

-Te fuiste a Petersburgo contra mi voluntad; pero, así y todo, no rechacé a la hija desobediente; te mandé dinero. He sido siempre un buen padre para ti. ¡Habla! ¿Por qué no dices nada? ¡He aquí tu Petersburgo!...

Se imaginaba enormes masas de piedras, llenas de peligros desconocidos, y gentes indiferentes, frías, sin corazón. Esa ciudad inhospitalaria de granito es la que ha hecho sufrir tanto a Vera, débil, aislada, solitaria, sin defensa. Es esa ciudad la que la había perdido. El pope Ignacio sentía un odio mortal por Petersburgo y una tremenda cólera contra su hija, que no quería decir nada.

-Petersburgo no tiene nada que ver aquí -dijo al fin Vera cerrando los ojos-. Además, no tengo nada. Es mejor que se acuesten; es tarde.

-¡Verita mía, mi niña querida! -gemía la madre-. ¡Ábreme tu corazón!

-Dejemos eso, mamá -replicó Vera, con impaciencia.

El pope Ignacio se sentó en una silla y soltó una risa áspera y seca.

-¿Nada, pues? -preguntó, con ironía.

-Escucha, padre -dijo con firmeza Vera, incorporándose un poco sobre el lecho-. Sabes que los amo, a ti y a mamaíta. Pero... no hay nada, lo aseguro. Me aburro, eso es todo. Ya pasará. De verdad; váyanse a acostar. También yo tengo sueño. Ya hablaremos... mañana o un día de estos...

El pope Ignacio se levantó de manera tan brusca que la silla chocó contra la pared; cogió a su mujer por la mano.

-¡Vámonos!

-¡Verita mía!

-¡Vámonos, te digo! -gritó el pope-. Si ha olvidado al Dios bueno, no somos nada para ella.

Condujo a Olga Stepanovna casi a la fuerza. Cuando estaban en la escalera, ella le gritó, iracunda:

-¡La culpa es tuya! Tiene tu carácter. ¡Tú responderás de ella ante Dios! ¡Qué desgraciada soy!

Lloraba. Las lágrimas la impedían ver los peldaños de la escalera y andaba como si ante sus pies se hubiera abierto un abismo.

A partir de aquel día, el pope Ignacio no dirigió la palabra a su hija. Diríase que ésta no lo veía; seguía guardando cama o paseándose por su cuarto, frotándose a cada instante los ojos, como si hubiera algo que se los tapara. Y la madre, que gustaba de reír y de bromear, perdía la cabeza desesperada, entre el marido y la hija, siempre taciturnos.

Vera, a veces, salía. Una semana después de la conversación que hemos referido, salió, como de costumbre, por la noche. Y ya no se la volvió a ver viva: aquella noche se arrojó bajo el tren, que la cortó en dos pedazos.

El mismo pope Ignacio presidió la ceremonia de los funerales. Su mujer no asistió porque, al recibir la noticia de la muerte de Vera, fue acometida de una parálisis. Sus brazos, sus piernas y su lengua quedaron paralizados, y permaneció inmóvil en su cuarto, medio a oscuras, mientras, muy cerca, en el campanario, las campanas tocaban a muerto.

Oía a la gente salir de la iglesia, oía cantar a los sochantres ante el ataúd, e intentaba levantar la mano para hacer la señal de la cruz. Pero la mano no le obedecía. Quería decir: "¡Adiós, Vera!" Pero tenía la lengua pesada como una masa inerte. Seguía sin moverse, tan quieta que se diría estaba reposando. Solamente sus ojos estaban abiertos.

Durante la ceremonia fúnebre, la iglesia estaba llena de gente. Todos, hasta los que no conocían a Vera, se compadecían de la suerte de aquella muchacha que había tenido

muerte tan trágica. Miraban al pope Ignacio buscando en su rostro la expresión del sufrimiento y el dolor. No lo amaban porque era severo y altivo, aborrecía a los pecadores y no les perdonaba, y, porque ávido amante del dinero, se hacía pagar caro los servicios religiosos. Y querían verle sufrir, abatido, comprendiendo su doble responsabilidad en la muerte de su hija: como padre cruel, y como pope, que no supo conducir a su hija por los senderos del bien. Todos le espiaban con la mirada, y él, advirtiendo esta curiosidad hostil, trataba de mantener erguida su ancha espalda y no mostrarse demasiado abatido. Pensaba más en esto que en la muerte de su hija. Así, erguido, con aire altivo, acompañó a Vera al cementerio y volvió a su casa. Al llegar a la puerta, su espalda se curvó un poco; pero era porque tenía la talla demasiado elevada y las puertas eran demasiado bajas para él.

Entró en el cuarto de su esposa, y no pudo ver bien su rostro; pero, después de examinarlo más de cerca, quedó sorprendido al verla completamente tranquila, sin lágrimas. Sus ojos no tenían ninguna expresión: estaban mudos, como todo el cuerpo inerte.

-¿Cómo te encuentras?

Ella no se movió. El pope Ignacio le puso la mano en la frente: estaba helada y húmeda. Los ojos de la vieja, profundos y grises, no expresaban ni dolor ni cólera.

-Me voy a mi cuarto -dijo el pope Ignacio, que sentía algún malestar.

Pasó al salón, donde todo cataba muy limpio, como siempre, y donde los sillones, cubiertos con tundas blancas, parecían muertos envueltos en sudarios. En una ventana había colgada una jaula, pero su puertecita estaba vacía y abierta.

-¡Nastasia! -gritó con voz fuerte, y al oírla, se asustó-. Nastasia -llamó más bajo-. ¿Dónde .está el canario?

La cocinera que, de tanto llorar, tenía la nariz roja e hinchada, contestó gravemente:

-¡El canario ha volado!

-¿Por qué has abierto la jaula? -interrogó el pope, frunciendo las cejas.

Ella se echó a llorar de nuevo y respondió, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal:

-Era el alma de la pobre señorita... No me atreví a detenerla.

Al pope Ignacio le pareció que el pequeño canario amarillo, que cantaba tan maravillosamente, era en verdad el alma de Vera, y que, si no hubiera volado, no podría estar seguro de la muerte de su hija.

-¡Vete! -exclamó iracundo- ¡Qué bestia eres!...

II

En la casita reinaba el silencio. No la tranquilidad, que sólo es la ausencia de cuidados y preocupaciones, sino el silencio; los que podrían hablar, no quieren decir nada.

Al entrar en el cuarto de su mujer, el pope Ignacio encontró en ella una mirada tan densa como si la atmósfera fuese de plomo y pesara enormemente sobre la cabeza y los hombros. Examinó largo tiempo los cuadernos de Música de Vera, sus libros y su retrato en color, que trajo ella de Petersburgo. Recordaba el arañazo que vio en la

mejilla de su hija cuando la hallaron muerta, y cuyo origen no podía comprender: el tren que la mató, dejó intacta su cabeza; de otro modo, la hubiera destrozado por completo.

¿De dónde procedía aquel arañazo? Pero hacía un esfuerzo para no pensar en la muerte de Vera, y en el retrato escrutaba sus ojos. Eran bellos, negros, con grandes párpados que los envolvían en la sombra, como si estuvieran encerrados en un marco negro. El pintor desconocido, pero de talento, le había dado una expresión extraña: diríase que entre los ojos y los objetos hacia los cuales miraban, había un velo opaco. Aquellos ojos le seguían con la mirada por todas partes, pero también guardaban silencio. Se diría que hasta podría oírse aquel silencio. Por lo menos, al pope Ignacio le parecía oírlo.

Todas las mañanas, después de la misa, se dirigía al salón y examinaba rápidamente la jaula vacía y toda la habitación, se sentaba en una silla, cerraba los ojos y escuchaba el silencio de la casa. La jaula guardaba un silencio dulce y tierno, lleno de dolor, de lágrimas y de una como lejana risa extinguida.

El silencio de su mujer era terco, pesado, como el plomo, y tan terrible que el pope Ignacio, a pesar del calor, sintió frío. El silencio de Vera fue interminable, glacial y misterioso como la tumba. Aguzaba los oídos con la esperanza de captar un ruido cualquiera; luego, avergonzado de su debilidad, se incorporaba bruscamente y murmuraba:

-¡Esas son tonterías!

Miraba por la ventana la plaza inundada de sol y el muro de piedra de un cobertizo sin ventanas. En un rincón estaba parado un cochero; parecía una estatua de barro, y no se comprendía por qué estaba allí todo el santo día, en un sitio donde nunca había nadie.

III

Fuera de la casa, el pope Ignacio hablaba mucho con el clero y los feligreses; en ocasiones, con conocidos, en cuyas casas solía jugar a las cartas. Mas cuando volvía a casa, le parecía que no había pronunciado una sola palabra en todo el día. Esto era porque no podía hablar con nadie de lo que más le importaba, de lo que era objeto de sus pensamientos: ¿por qué se suicidó Vera?

No podía, ni quería, comprender que ya era tarde para conocer los motivos de aquella muerte. Todas las noches recordaba el momento en que él y su mujer, junto al lecho de Vera, le suplicaban les dijera lo que tenía y cerraba los ojos y se le representaba a Vera incorporada en su cama, diciendo: Pero no dijo la única palabra que aclarase el misterio de su suicidio. Parecía al pope Ignacio que, aguzando los oídos, conteniendo los latidos de su corazón, podría tal vez oír aquella palabra misteriosa. Y saltando de la cama, tendía las manos suplicante:

-¡Vera!

El silencio respondía.

Una noche entró en el cuarto de su mujer, a la que hacía una semana que no veía; se sentó a su cabecera y, evitando su densa mirada, le dijo:

-Escucha, quiero hablarte de Vera. ¿Me oyes?

Ella callaba. Entonces, levantando la voz, le habló con tono severo, como a los que venían a su casa a confesarse:

-Ya sé que tú no eres culpable de la muerte de Vera. Pero reflexiona: ¿es que yo no la quería tanto como tú? Razonas extrañamente. Sí, yo era severo; pero eso no le impedía hacer su antojo. Sacrifiqué mi amor propio de padre y accedí a que se marchara a Petersburgo. Pero ¿es que tú no le habías suplicado que se quedara, que renunciara a aquel viaje? No he sido yo quien la hizo tan impía. Siempre le inspiré el amor de Dios y las virtudes cristianas...

Miró a los ojos de su mujer y volvió la cabeza.

-¿Qué podía yo hacer cuando ella no nos quería decir lo que tenía? He ordenado, he suplicado, he implorado. ¿O acaso debí arrodillarme ante aquella chicuela y llorar como una vieja? ¿Sabía yo lo que ella tenía en la cabeza? ¡Hija cruel, sin corazón!

Se golpeó una rodilla con el puño.

-Era el amor lo que le faltaba. Confesemos que no me podía querer, porque yo era un tirano. Pero, ¿a ti? Ella te quería. Tú, que te humillabas ante ella, la implorabas...

Rió nerviosamente.

-¡Bien claro se ve cómo te quería! Fue por ti por lo que buscó una muerte tan atroz y vergonzosa... la muerte en el lodo, como un perro.

Su voz temblaba colérica.

-¡Me da vergüenza! -continuó-. Me da vergüenza dejarme ver en la calle. Me avergüenzo ante Dios y ante los hombres. ¡Hija cruel, indigna! Mereces ser maldita en tu tumba...

Cuando el pope Ignacio miró a su mujer, ésta yacía desvanecida sobre el lecho. Tardó unas horas en recobrar el conocimiento, y no se sabía si recordaba las palabras de su marido.

Aquella misma noche, una noche clara y serena de julio, el pope Ignacio subió, de puntillas, al cuarto de Vera. No habían abierto la ventana desde su muerte, y el ambiente era allí cálido y seco. La luna iluminaba el suelo, los rincones y la cama blanca, con sus dos almohadas, una grande y otra pequeña.

El pope Ignacio abrió la ventana, y en la habitación entró el aire fresco, con el olor del polvo, del río próximo y del tilo en flor. se oía una canción; probablemente cantaban en alguna barca.

Procurando no hacer ruido, se acercó al lecho, se arrodilló y dejó caer la cabeza sobre las almohadas, apoyando los labios en el sitio donde reposaba la cabeza de Vera. Permaneció largo tiempo así. Allá, en el río, la canción se había hecho más vigorosa y sonora; luego se extinguió. Siguió arrodillado, esparcidos sus cabellos por los hombros, y por el lecho.

La luna se había ocultado y el cuarto quedó sumido en oscuridad completa, El pope Ignacio levantó la cabeza y comenzó a murmurar entre dientes, con voz conmovida por amor largo tiempo contenido como si Vera pudiera oírle:

-¡Hija mía, querida! ¿Comprendes el significado de estas palabras: “¡hija mía!”? Tú eres mi corazón, mi sangre, mi vida. Es tu viejo padre quien te lo dice...

Sacudían sus hombros los sollozos, y prosiguió hablando, como a un niño:

-Es tu viejo padre quien te suplica, te implora, Verita mía. Él, que jamás conoció las lágrimas, ahora llora. Tu dolor es el mío, tus sufrimientos son más que míos. No son ni los sufrimientos ni la muerte lo que me asusta. Pero tú, que eras tan tierna, tan frágil, tan débil, tan mansa, tan tímida... ¿Te acuerdas, una vez que te pinchaste tu dedito, cómo llorabas a lágrima viva? ¡Nena mía querida! Bien sé que me quieres. Todas las mañanas me besas la mano. Dime por qué sufres, y yo aplastaré tu dolor con mis manos. Todavía son fuertes mis manos...

Levantó los ojos implorantes.

-¡Dilo!

Tendió los brazos como en plegaria

-¡Dilo!

Pero en la habitación reinaba un silencio profundo. Se oía, a lo lejos, el silbido prolongado de una locomotora.

El pope Ignacio se incorporó y, retrocediendo hasta la puerta, repitió, una vez más:

-¡Dilo!

Y la respuesta fue un silencio de muerte.

IV

Al día siguiente, después del solitario desayuno, fue al cementerio por primera vez después de la muerte de Vera. Hacía calor. El cementerio estaba desierto y tranquilo, como si no fuera de día, sino de noche. El pope Ignacio caminaba erguido, y miraba serenamente en torno suyo, no queriendo comprender que no era ya el mismo, que sus piernas se habían vuelto más débiles, que su larga barba era ya completamente blanca; como nevada.

La tumba de Vera estaba en el extremo del cementerio, donde ya no había senderos de arena. El pope Ignacio se perdía casi entre las colinas verdes, que eran tumbas abandonadas, olvidadas. De vez en cuando, veía monumentos descuidados, rejas abismadas y grandes lápidas sepulcrales, hundidas hasta la mitad en la tierra.

Una de aquellas lápidas cubría la tumba de Vera. Estaba oculta por un montecillo amarillento; pero, en torno suyo, todo verdeaba. Dos árboles mezclaban su follaje en lo alto de la tumba.

Sentado sobre una tumba vecina, el pope Ignacio miró al cielo, donde, inmóvil, estaba suspenso el disco solar, y sintió el silencio profundo, incomparable, que reina en los cementerios cuando no sopla el viento. Este silencio lo inundaba todo, traspasaba los muros e invadía la ciudad.

El pope Ignacio miró la tumba de Vera, la hierba que había crecido allí, y su imaginación se negaba a creer que allí, bajo aquella hierba, a dos pasos de él, estaba su hija. Aquella proximidad parecía inconcebible; le turbaba profundamente. La que creía desaparecida para siempre, en las profundidades misteriosas del infinito, estaba allí, muy cerca. A pesar de eso, no existía ya ni existiría nunca. Creía que si hallara la palabra mágica, ella saldría de su tumba, bella, grande, como él la había conocido. No sólo ella, sino todos los muertos saldrían de sus tumbas.

Se quitó el sombrero negro, de anchas alas, se alzó los cabellos y susurró:

-¡Vera!

Tuvo miedo de que le hubiese oído alguien y, poniéndose de pie sobre la tumba, miró en torno suyo. No había nadie. Entonces, repitió más alto:

-¡Vera!

Su voz era dura, autoritaria y le parecía extraño que no le respondiera nadie.

-¡Vera!

Llamaba cada vez con mayor insistencia y, cuando callaba, por instantes parecía que alguien, muy bajito, le contestaba. Se echó sobre la tumba, aplicando el oído a la tierra.

-¡Vera, habla!

Y notó, con pavor, que su oído se llenaba de un frío de sepulcro que le helaba el cerebro, y que Vera hablaba con su silencio mismo. Este silencio se hizo cada vez más espantoso, y, cuando el pope Ignacio alzó la cabeza, parecíale que, conturbada, vibraba toda la atmósfera, como si por encima del camposanto hubiera pasado una tempestad. El silencio le sofocaba, le hacía temblar, le erizaba los cabellos. Se estremeció, se levantó lentamente haciendo un esfuerzo penoso para mantenerse erecto. Sacudió el polvo de las rodillas, se puso el sombrero, hizo la señal de la cruz tres veces sobre la tumba y se marchó con paso firme. Pero no conocía el camino en los estrechos senderos.

-¡Me he perdido! -murmuró con triste sonrisa.

Se detuvo un instante y, sin saber por qué, tomó la izquierda. No se atrevió a quedarse mucho tiempo allí. El silencio le empujaba; el silencio que surgía de las tumbas verdes, de las cruces grises, de los poros de la tierra llena de cadáveres.

El pope Ignacio alargó el paso. No sabía ya adónde iba, volvía por los mismos senderos, saltaba por encima de las tumbas, tropezaba con las rejas y las coronas metálicas, desgarrándose las vestiduras. No tenía, ahora, más que un solo pensamiento: salir de allí. En desorden el traje y los cabellos, huyó a todo correr. Si alguien le hubiera visto en aquel momento, se hubiera asustado más que si topara con un muerto salido de su tumba; tan crispado por el terror estaba el rostro del pope Ignacio.

Sofocado, ahogándose, ganó al fin el calvero donde estaba la iglesia del cementerio. Cerca de la puerta dormitaba un viejecito sobre un banco, y dos mendigos disputaban.

Cuando el pope Ignacio entró en su casa, en el cuarto de su mujer había luz. Vestido como estaba, cubierto de polvo, desgarradas las ropas, entró en el cuarto de su mujer y cayó de rodillas.

-Olga, Olguita... Querida mía... ¡Ten piedad de mí! ¡Me vuelvo loco!...

Y comenzó a golpearse la cabeza contra la cama y a llorar violentamente, como hombre que llora por vez primera en su vida. Después, alzó la cabeza, con la certidumbre de que esta vez el milagro iba por fin a cumplirse, y su mujer, llena de compasión, le iba a decir algo.

-¡Mi querida esposa!...

Lleno de esperanza, se inclinó sobre ella... y se encontró con la mirada de sus ojos grises. No expresaban ni cólera ni dolor. Tal vez se apiadaba de él, tal vez le perdonaba; pero sus ojos no decían nada: guardaban silencio.

Y el silencio reinaba en toda la casa, triste y desierta.

El misterio

I

Experimenté una inmensa alegría. Yo era un estudiante pobre, sin un copec en el bolsillo -había gastado los últimos en un anuncio solicitando un empleo-. Y tuve la suerte de encontrar un magnífico trabajo.

Una nublada mañana de finales de octubre recibí una carta en la cual se me invitaba a presentarme en el Hotel de Francia, situado en la calle de la marina. Hora y media más tarde, y cuando la lluvia, que empezó a caer poco antes de que la carta llegara a mis manos, no había cesado aún, disponía de un empleo, de una vivienda y de veinte rublos ¡Un verdadero sueño, un cuento de hadas! Desde el primer momento, todo me causó una grata impresión: el suntuoso hotel, la lujosa habitación donde fui recibido y el amable caballero que me atendió. Era un caballero entrado en años y vestido con la inconfundible elegancia de las personas acostumbradas a la buena ropa desde su infancia.

Resulta innecesario decir que acepté sus condiciones: vivir con su familia en el campo, ser el profesor de un niño de ocho años y cobrar cincuenta rublos mensuales.

-¿Le gusta a usted el mar? -me preguntó Norden (no había por qué llamarlo "señor" Norden).

-¿El mar? -balbucí-. ¡Oh sí!, ¡muchísimo!

Norden se echó a reír.

-Desde luego... ¿A quién no le ha gustado el mar en su juventud? Pues bien, desde casa verá usted el mar. Un mar un poco gris, un poco triste; pero con furiosos y sonrisas. Se encontrará usted en la gloria.

-No lo dudo.

Sonreí, y Norden también. Añadió:

-En aquel mar se ahogó mi hija Elena... Hace cinco años.

Permanecí en silencio. No sabía qué decir. Además, estaba desconcertado por su sonrisa. ¡Sonreía hablando de la muerte de su hija!

“¿Será una broma?”, pensé.

El anticipo de veinte rublos me lo hizo *motuproprio* y se negó a aceptar un recibo. No me pidió el pasaporte y ni siquiera preguntó mi nombre. En otras circunstancias, aquella confianza acaso me hubiera parecido muy natural; pero me hallaba tan deprimido a causa de mi expulsión de la Universidad, tenía el estómago tan vacío y los calcetines tan mojados, que el inspirarla me sorprendió mucho y aumentó mi satisfacción.

Sin embargo, cuando llevaba unos días en casa de Norden, no veía las cosas tan color de rosa: me había acostumbrado al lujo de mi habitación, a la buena mesa y a los calcetines secos, y a medida que me distanciaba de la ida de Petersburgo, del hambre, de la terrible lucha por la existencia, mis ojos iban percibiendo matices raros y nada alegres en lo que me rodeaba. Al enumerar a mis compañeros, en mis cartas, las excelencias de mi nueva vida, no experimentaba ninguna alegría.

Al principio, mi percepción de aquellos sombríos y misteriosos matices fue muy vaga, casi inconsciente. A simple vista, no había en el mundo morada más alegre ni familia más dichosa que la de Norden. Y hubo de transcurrir algún tiempo antes de que pudiera empezar a intuir que pesaban sobre el lugar y las personas ocultos y abrumadores motivos de tristeza.

La casa, rodeada de un jardín, se hallaba situada a orillas del mar. Era de dos pisos, amplia y lujosa; a mí, pobre estudiante, me habían alojado en el entresuelo, en una habitación espléndida, como si fuera un personaje o un amigo íntimo de la familia. El jardín era magnífico: a pesar de lo severo y pobre de la naturaleza circundante-rocas, arenas y pinos-, a pesar de las nieblas matinales y de la fría brisa marina, estaba poblado de árboles soberbios, tilos, abetos azules, nogales y castaños, y lo embellecían numerosos rosales y jazmines. Entre los árboles y los arbustos-que ignoro por qué motivo se me antojaban que siempre tenían frío- crecía un hermoso césped. Todos los que lo veían a través de la verja lo encontraban precioso y envidiaban a su propietario.

Norden estaba orgulloso de su jardín. A mí, cuando lo vi por primera vez, me encantó. Pero en su excesivo aislamiento, en la especie de desamparo de los árboles sobre el fondo verde, había algo que hacía pensar, de un modo vago, en una dolorosa injusticia, en un error irreparable, en una felicidad pérdida.

En los senderos no había huellas. ¿Por qué?. En la casa vivían numerosas personas. Norden se paseaba con frecuencia por el jardín, los niños que eran tres, pasaban en el buena parte del día; pero -lo recuerdo como si estuviera viéndolo- en los senderos no había huellas.

Norden, vanagloriándose un día de aquella extraña peculiaridad de su jardín, me dijo que la arena que recubría los senderos era una mezcla especial de arcilla y grava, sobre la cual no quedaban impresas las pisadas ni siquiera inmediatamente después de la lluvia.

-Es un capricho- añadió.

No le oculté que me parecía un capricho absurdo.

Norden se echó a reír, sin que yo acertara a explicarme el motivo de su hilaridad, y tocándome suavemente en el codo murmuró:

-Contemple usted el jardín al amanecer.

Como obedeciendo a una orden irresistible, al día siguiente me levanté al amanecer, limpié los empañados cristales y miré al jardín: Tres oscuras siluetas avanzaban, encorvadas sobre la arena, por los senderos. Me di cuenta de que eran obreros entregados a la tarea de borrar huellas. Aquello no me gustó.

Aparte de las huellas, hubiese resultado muy natural ver alguna vez en los senderos un juguete abandonado, una herramienta olvidada por el jardinero... Pero allí nadie olvidaba nada ni abandonaba nada. Las últimas hojas, amarillas, abarquilladas, caían sobre los árboles, caían de los árboles y parecían adherirse desesperadamente a la arena; pero las mismas manos dóciles que borraban las huellas no tardaban en llevárselas. A veces se me antojaba que alguien, quizás el propio Norden, luchaba sin tregua contra los recuerdos, tratando de crear en torno suyo el vacío, sin conseguirlo, ya que cuanto más abría su boca al vacío más cuerpo tomaban los recuerdos ahuyentados, las imágenes destruidas, las huellas borradas. Yo, que no poseía una gran capacidad de observación, sentía ya pesar sobre mí los recuerdos de un error fatal, de una felicidad desvanecida, de una triste verdad.

No tardé en convertirme en un espía, en un buscador de huellas. Mi imaginación, nada risueña a causa de mi dolorosa niñez y de una juventud no demasiado alegre, pobló aquel extraño jardín de crímenes y asesinatos. Los días soleados -muy raros aquel otoño- me reía de mis fantasías y las atribuía a mis pocos años.

Pero cuando las nieblas marinas inundaban la costa y el cielo de color plomizo parecía aplastar la tierra, se me encogía el corazón al pensar en aquellos tres hombres que al amanecer, encorvados, recorrían los senderos del jardín.

No sé si mis indagaciones hubieran sido fructíferas sin la ayuda del propio Norden, que una tarde paseando en mi compañía por la playa, me mostró un montón de piedras pegadas en forma de pirámide. Las olas habían derribado algunas de las piedras y la pirámide había perdido parte de su forma primitiva, por cuyo motivo, sin duda, no me había fijado aún en ella.

-No es tan grande como la de Cheops -me dijo Norden-, pero es una pirámide.

Prorrumpió una carcajada -aquel hombre encontraba motivo de risa en todo- y añadió:

-Mi primera intención fue la de edificar una iglesia de estilo normando. ¿Le gusta a usted el estilo normando? Pero me negaron el permiso... ¡Qué mezquindad de espíritu!

Guardé silencio. No sabía qué decir. Es algo que me sucede con frecuencia. Norden, tras una pausa lo bastante prolongada como para darme tiempo a hacer algún comentario o formular alguna pregunta, me explicó:

-En este lugar fue encontrado el cadáver de mi hija Elena. A este lado la cabeza, allí los pies. Creo haberle dicho ya que murió ahogada.

-¿Cómo ocurrió la desgracia?

-Una imprudencia juvenil -respondió Norden, sonriendo-. Embarcósola en una lancha; se levantó un viento muy fuerte y la lancha zozobró.

Contemplé el mar, gris y un poco agitado. Hasta muy lejos de la orilla, el mar no cubría del todo las rocas de que estaba salpicado el fondo.

-El mar es aquí muy poco profundo -observé.

-Si, pero ella se alejó más de lo debido.

-¿Por qué lo hizo?

-Los jóvenes, amigo mío, suelen ir demasiado lejos -respondió Norden, sonriendo y tocándome suavemente el codo.

Y empezó a hablarme de sus dos magnificas lanchas a la sazón guardadas, ya que sólo las utilizaba durante la primavera y el verano.

-¿Y se encontró también la lancha? -interrumpí.

-¿Cuál?

-La de la desgracia.

-¡Oh, sí! El mar la arrojó a la playa. La hice pintar de un color distinto. Es la más fuerte y la más marinera de las dos. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo, cuando llegue el buen tiempo.

Después de aquella conversación -que a pesar de no haberme revelado nada concreto, se me antojaba que me había revelado muchas cosas-, la ruinoso pirámide fue otra de mis preocupaciones, durante algún tiempo. ¿Por qué aquel hombre, que borraba implacablemente todas las huellas, que había mandado a pintar de otro color la lancha en la cual había perecido a su hija, había erigido aquella especie de monumento en memoria de la difunta? ¿Se trataba de un arrebato sentimental, o de una de esas faltas de lógica en que suelen incurrir los hombres más consecuentes?

Sin embargo, no tardé en dejar de formularme semejantes preguntas, atraída mi atención por algo que me inquietaba más que la pirámide, más que los melancólicos árboles del jardín: el mar. La profunda tristeza que pesaba sobre aquella mansión y sobre sus moradores debía de tener su principal origen en el mar.

En el mar...

II

Antes de seguir adelante debo hablar de mi vida entre aquellas personas tan raras, tan desagradables y tétricas a pesar de su aparente regocijo.

Por la mañana ejercía mis funciones docentes por espacio de dos horas. Mi discípulo, Volodía era un muchacho de ocho años, muy bien educado, cortés como un *gentleman*, estudioso y dócil. No apoyaba, como otros discípulos que yo había tenido, las rodillas en el borde de la mesa, ni se metía los dedos en las narices, ni derramaba la tinta, ni decía sandeces. Escuchaba mis explicaciones con un aire tan grave como si yo fuera el rey Salomón y él uno de mis súbditos. Ignoro si me consideraba realmente como un sabio; pero aquella grave atención, que parecía atribuir un enorme valor a cada una de mis palabras, me azoraba mucho.

Todos los días, excepto los festivos, a las diez en punto aparecía ante mi mesa la cabeza rubia, pelada al rape de Volodía, y a las doce en punto desaparecía. El rostro del muchacho era achatado, pálido, desprovisto de cejas, y los ojos, muy separados y de color claro, destacaban en él con gran relieve, como si estuvieran en un plato. El pobre niño no tenía mucho que agradecerle a la naturaleza desde el punto de vista estético.

“Quizá con el tiempo mejorase su aspecto”, pensaba yo. A pesar de su aire respetuoso y su prudencia, no me era simpático. He dicho “a pesar”, y debí decir “acausa”; yo lo encontraba demasiado dócil y cortés. Sólo se reía cuando una persona mayor bromeaba, lo hacía para complacerla. En su inexpresivo semblante sólo se pintaba la alegría, el asombro, el horror o la tristeza cuando algún adulto decía algo que “debía” alegrar, asombrar, horrorizar o entristecer a sus oyentes. No parecía un niño, sino alguien que representaba concienzudamente el papel de un niño. Incluso cuando jugaba lo hacía a las instancias de las personas mayores, y como si hubiese aprendido a jugar en sueños. Sus dos hermanitos -un chiquillo de siete años y una niña de cinco- no podían haberle enseñado: no jugaban nunca.

Yo veía muy poco a los hermanos de Volodia. Siempre estaban con su vieja aya inglesa, con la cual no podía conversar debido a mi desconocimiento del idioma.

Traté de acostumbrar a mi discípulo a que paseara conmigo; pero lo hacía de un modo absurdo, artificial, como un autómatas, como un niño de madera o de celuloide; bien educado, eso sí.

Una tarde bajé al jardín y lo vi sentado en un banco muy limpio, junto a un sendero, también muy limpio y sin huella alguna. Volodia estaba llorando. Tenía una rodilla entre las manos y se mordía el labio inferior. Era la primera vez que percibía en su rostro una expresión verdaderamente infantil. Sin duda se había caído y lastimado seriamente. En cuanto advirtió mi presencia, dejó de llorar, se puso en pie y salió a mi encuentro, cojeando ligeramente.

-¿Te has lastimado Volodia?-inquirí.

-Sí.

-Llora, llora...

Me miró fijamente, como para convencerse de que hablaba en serio, y respondió.

-Ya he llorado.

No me habría sorprendido oírle añadir “gracias”, como el protagonista de la antigua anécdota. ¡Hasta tal punto era fino aquel absurdo hombrecito!

Mis deberes pedagógicos, como ya he dicho, se reducían a las dos horas diarias de clase; en consecuencia, me pasaba gran parte del día paseando, si el tiempo lo permitía, o leyendo en mi cuarto. Norden había puesto a mi disposición todos sus libros, que eran muy numerosos, proporcionándome con ello una gran alegría. A veces leía en la biblioteca, para lo cual me había dado permiso también Norden, y allí me encontraba a mis anchas. Cómodos divanes, grandes mesas cubiertas de revistas, estanterías repletas de libros lujosamente conservados, silencio...un silencio más absoluto que el que reinaba en mi aposento, ya que la biblioteca se encontraba en el segundo piso, donde no llegaban los únicos ruidos de la casa, todos provocados por Norden, ignorando qué objeto, haciendo ladrar a los perros, cantar a los niños y reír a cuantos le rodeaban.

A la hora de las comidas nos reuníamos en el comedor los niños, el aya, Norden y yo. Nunca había invitados, si se exceptúa un alemán gordo y taciturno que almorzaba a veces con nosotros y que sólo abría la boca para comer y para reír cuando Norden contaba algún chascarrillo. Creo que era el administrador de Norden.

Durante las comidas reinaba una ruidosa alegría: continuamente resonaban estrepitosas carcajadas, con motivo o sin él. El amo de la casa utilizaba todos los recursos para excitar la hilaridad de los comensales. El aya se desternillaba de risa, a pesar de que no comprendía ni la mitad de lo que Norden decía: al parecer, todo el mundo estaba obligado a reírse.

Los primeros días, no solía tomar parte de este regocijo, lo cual turbaba e incluso afligía a Norden.

-¿Por qué no se ríe usted?-me preguntaba mirándome a los ojos con aire angustiado-
¿No le ha hecho gracia?

Y me repetía el chascarrillo, aclarándome en qué consistía su comicidad. Y sí, a pesar de todo yo continuaba serio o me limitaba a sonreír, se ponía nervioso y contaba otro chascarrillo, y otro, y otro, extrayéndome la risa como se extrae el agua de la manteca. De haberme obstinado en no reír, creo que Norden hubiera empezado a llorar y a besarme las manos, suplicándome por el amor de dios la limosna de mi risa, como si su vida peligrase y mis carcajadas pudieran salvarla.

No tardé en reírme como los demás; la risa estúpida, imbecil, ensanchaba mi boca, como el freno ensancha la de un caballo. Y, lleno de dolor y de horror, a veces experimentaba, estando solo en mi habitación o en la playa, unos locos deseos de reír...

Durante algún tiempo, al no ver en la mesa más que a las personas mencionadas, creí que la familia de Norden se reducía a sus tres hijos. Pero un día, al final del almuerzo, oí que alguien tocaba el piano en el piso alto, en el ala separada de la biblioteca por un pasillo, en cuyo extremo había una puerta, siempre cerrada.

Quedé asombrado y, contra todas las convenciones -nunca he sabido adaptarme a ellas-, pregunté:

-¿Quién está tocando?

Norden respondió, risueño:

-Es mi esposa. Perdone. Me había olvidado ponerle en antecedentes. Mi esposa no goza de muy buena salud, la pobre, y no sale de su habitación. Pero es inteligentísima; y toca el piano maravillosamente. ¡Escuche, escuche!

Pero la música era muy triste y Norden se turbó.

-¡Toca maravillosamente!-repetió, golpeando el borde del plato con el cuchillo.

Un instante después se puso de pie y echó a correr escaleras arriba.

No habían transcurrido dos minutos cuando volvió a bajar y exclamó, en tono jubiloso:

-¡Niños! ¡Miss Moll! ¡A bailar! ¡Mamá quiere que bailen un poco!

En efecto, a la música triste sucedió la de un baile de moda, rápido y semiepiléptico. La ejecución, ahora, era mucho menos limpia, y Norden me explicó:

-Es una pieza nueva que acaban de mandarnos de Petersburgo. Un baile encantador. Este otoño lo está bailando toda Europa.

Y gritó:

-*Tanziren, meine, kindem, tanziren* (¡Bailen, hijos míos, bailen!) ¡Y usted también, Miss Moll!

Y los tres dóciles muñecos empezaron a girar sobre sí mismos; la pequeña seguía con los ojos los movimientos de los mayores y los imitaba, levantando los brazos y agitando torpemente las piernas. Era la única cuya alegría me parecía verdadera, cuya risa no se me antojaba ficticia. Miss Moll, remedando a los niños, danzaba también, con la misma gracia de un caballo de circo obligado por el domador a andar sobre sus patas traseras. Norden batía palmas llevando el compás, lanzaba gritos de estimulador entusiasmo y, de pronto, como si no pudiera resistir la tentación, empezó a bailar. Mientras bailaba me dijo:

-¿Por qué no baila usted?

Luego se detuvo y me suplicó:

-¡Baile un poquito! ¡No nos niegue este gusto! Si no sabe, Miss Moll le enseñará.

Pero me negué en redondo.

Cuando se llevaron a los niños, acaloradísimos, Norden encendió un cigarro y me preguntó jadeante:

-Somos la familia más alegre del mundo, ¿verdad?

A partir de aquel día oí música casi a diario procedente del piso alto, unas veces tristes, y otras la más alegre y no muy bien interpretada. Norden siempre que efectuaba un viaje a Petersburgo, traía nuevas partituras, la mayoría de ellas de los nuevos bailes que estaban de moda en Europa. Iba muy a menudo a la capital, a donde llamaban importantes asuntos; pero su ausencia no solía prolongarse más de un par de días, a lo sumo.

¿A qué obedecía el aislamiento de su esposa? “Tal vez ese misterio y el de la gran tristeza que planea sobre esta casa y sobre sus habitantes sean el mismo misterio”, pensaba yo. Pero todas mis tentativas de averiguar algo resultaban estériles. A los criados no quería preguntarles nada; constituía una falta de delicadeza y, además, los criados parecían estar tan *in albis* como yo en lo que respecta a las intimidades de la familia. El respetuoso Volodia era un consumado maestro en el arte del disimulo.

-¿Cómo esta tú mamá?-le pregunté un día-. ¿La has visto esta mañana?

-Sí. Todas las mañanas subimos a verla. Siente mucho no poder conocerlo a usted...

-¿Está muy enferma?

-No...Toca muy bien el piano. Tiene mucho talento.

-¿Llora mucho?

-¿Mamá? -exclamó Volodia, asombrado-.¿Por qué habría de llorar?

-Esta siempre riéndose, ¿eh? -inquirí, en tono sarcástico.

-¿Acaso es malo reírse? -replicó el más respetuoso de mis discípulos, dispuesto, sin duda, a mostrarse jovial o saturnino, según lo que yo aseverase.

Una noche o, mejor dicho, un amanecer (los tres obreros estaban ya entregados a la tarea de borrar huellas), algo, en mi opinión relacionado con la pianista invisible, provocó súbitamente una gran agitación en la casa. Se oyó caer no sé qué; alguien profirió un grito de espanto o de dolor, y por el pasillo al cual daba la puerta de mi habitación pasaron varios criados con velas encendidas.

-¡No ha sido nada! -oí que decía Norden-. Un simple susto...El viento ha arrancado un postigo de la ventana, y el ruido...

El viento, en efecto, era muy fuerte. Aullaba en las chimeneas, se estrellaba furiosamente contra los muros y rugía a sus anchas en las alturas. Pero Norden había mentido: al hacerse de día pude comprobar que no se había caído ningún postigo.

Mientras contemplaba las ventanas, en busca de una que careciera de un postigo, vi por primera vez, detrás de los cristales de una de ellas, a la esposa de Norden. Sus ojos grandes y profundos estaban clavados en el mar. En contra de lo que yo suponía, no era vieja, sino joven y bella.

-¿Qué edad tiene su esposa?-le pregunté aquella tarde a Norden, quien me inspiraba cada día menos respeto.

-Veintinueve años.

-Entonces, Elena...

-Elena era hija de mi primer matrimonio. Estoy casado en segundas nupcias.

III

Aquella noche eché de menos mi diario: me lo habían robado. La pueril y obstinada lucha contra toda huella lo había hecho desaparecer, sin duda. Pero el ladrón no consiguió nada con aquel acto tan innoble, recuerdo perfectamente todo lo que vi y experimenté hasta el momento en que el horror extinguió mi conciencia por largo tiempo. Y las huellas grabadas en mi memoria no podrían borrarlas los tres hombres que al amanecer recorrían los senderos del parque.

¿Cómo iba a olvidar aquel mar poco profundo, desesperadamente triste y tan llano que hacía dudar de la redondez de la tierra? Yo había asociado siempre la idea del mar a la de los barcos; pero desde aquella playa no se veían barcos; entre aquella orilla y toda ruta de navegación se interponía la remota y brumosa línea del horizonte. Y el agua se extendía en un desierto gris, un tedio infinito parecía pesar sobre las diminutas olas, las cuales trataban en vano de alcanzar la costa, buscando el eterno reposo.

Una o dos veces vi a lo lejos una barca de pesca avanzando con tanta lentitud que tardé un rato en convencerme de que no era una roca.

A la horrible noche de viento de que he hablado, sucedieron siete u ocho días de calma, nada fríos, pero muy húmedos; la niebla pesada y opaca, convertía el día en un crepúsculo interminable y desalentador. El mar había retrocedido, dejando al descubierto pequeñas islas y archipiélagos de arena. Una tarde eché a andar a través de aquel mundo fantástico. Al atravesar las islas en un par de pasos, al cruzar de un salto de una u otra, me parecía ser un gigante, un ente casi sobrenatural que pisaba por primera vez la tierra, recién creada y desierta. Al llegar junto al agua, las pequeñas y plácidas olas se me antojaron enormes, colosales, comodebieron ser en los primeros días del mundo.

Inclinándome sobre la arena, escribí con el dedo un nombre: “Elena”. Las cinco letras, aunque no muy grandes, ocupaban buena parte de una isla y parecían gigantescas. Más que leerse, hubiérase dicho que la palabra se oía, que era un grito dirigido al cielo, al mar, a la tierra...

¿Por qué no me guié, al regresar a la playa, por las huellas de mis pasos? Avanzando y retrocediendo en busca de un camino seco, se me hizo de noche y me desorienté. Cada vez que mis pies tocaban el agua, retrocedía, temiendo hundirme. Por fin me decidí a avanzar en línea recta, al azar, sin detenerme ante los charcos, y, lleno de alegría, no tardé en divisar delante de mí la oscura masa de la pirámide de piedras. La casualidad me había llevado al lugar donde fue encontrado el cadáver de Elena.

-¿Por qué vive usted aquí? -le pregunté aquella noche a Norden-. ¡Este mar es tan lúgubre!

Mis palabras parecieron entristecerlo. Volvió ansiosamente la cabeza hacia la oscura ventana.

-¿Lúgubre? No... Cuando se familiarice usted con él, le encantará.

Me encantaba ya, pero con el encanto y la fascinación de la tristeza y el miedo. La atracción que ejercía sobre mí era un mortal veneno, del cual tenía que huir.

Sin darme tiempo, para contestar, Norden empezó a contar un chascarrillo, y al terminar me suplicó con la mirada que no le negara mi risa. Me senté delante de él y los dos prorrumpimos en carcajadas.

¡Qué estupidez y qué bajeza!

De los días siguientes hasta el 5 de diciembre, no recuerdo nada, como si los hubiera pasado sumido en profundo sueño. El 5 de diciembre cayó la primavera, nevada, copiosísima. Ya aquel día empezaron a ocurrir las cosas extraordinarias que hicieron más inquietante para mí el misterio que, a veces, se me figura una siniestra fantasía o un imaginario cuento de terror.

Trataré de ser lo más exacto posible y de no omitir ningún detalle importante, aunque su relación con los acontecimientos no sea directa. Yo atribuyo una importancia capital a la aparición de aquel ser extraordinario que parecía concentrar todas las fuerzas oscuras, toda la tristeza que pesaba sobre la maldita casa de Norden, todo el dolor que incluso a mí, un extraño, había de arrastrarme en su terrible torbellino.

El 5 de diciembre cayó, como ya he dicho, la primera nevada. Empezó al amanecer y duró toda la mañana. Cuando terminaba la clase de Volodia salí al jardín, todo estaba blanco y silencioso. Dejando profundas huellas de mi paso, llegué a la playa. Y proferí un grito de asombro al ver que ya no había mar. Horas antes empezaba allí la superficie helada, casi opaca; ahora, la vista no tropezaba con límite alguno entre el mar y la tierra, ambos cubiertos con el mismo blanco sudario.

Obedeciendo a ese impulso que nos asalta ante toda superficie lisa e intacta, me quité el guante de lamano derecha y escribí con el dedo en la nieve “Elena”.

La pirámide se había convertido en una colina blanca de suaves contornos, en algo sumiso y como muerto por segunda vez y para siempre. “A este lado la cabeza, allí, los pies...” Resultaba difícil imaginar en aquella superficie. Impasible las olas y la lancha volcada. Y me pareció que se me quitaba un peso de encima.

“No estaría de más -me dije- un viajecito a Petersburgo, para asomarme a la Universidad”.

En aquel momento, Norden se me antojaba un hombre extravagante y desagradable, aunque inofensivo. ¿Quéme importaba que contara chascarrillos e hiciera bailar a su familia? Lo que a mí me interesaba era reunir algún dinero y marcharme.

“¿Cómo vas arreglártelas para borrar las huellas?”, pensé, riéndome, mientras regresaba a la casa. Y evité cuidadosamente pisar ya las existentes, a fin de dejar el mayor número posible de ellas.

Al día siguiente -y al otro, y al otro, y al otro, si tardaba en volver a nevar- sería para mí un placer, casi un orgullo verlas.

Los árboles del jardín ya no producían la impresión de tristeza y de soledad a que me he referido: parecían sumidos en un tranquilo sueño. Lo único que descomponía la placidez del paisaje eran los cajones de madera que Norden había hecho construir para abrigo de algunos árboles meridionales. Yo no había visto nunca proteger los árboles contra el frío de aquella forma, y los altos y extraños me oprimían el corazón; semejaban ataúdes en pie, dispuestos a tomar parte en una macabra procesión. “Estoy orgulloso de mi invento”, decía Norden, con gran indignación de mi parte.

Hacíados días que Norden se había marchado a Petersburgo, y en la amplia mansión, que yo no conocía aún en su totalidad, reinaban un silencio y una calma absolutos; los niños permanecían con el aya en sus habitaciones, quietos y callados, y la servidumbre no hacía tampoco el menor ruido; en el piso alto, una mujer joven y bella, víctima de fuerzas desconocidas, languidecía solitaria...

Permanecí casi una hora en la biblioteca, pero no tenía ganas de leer; me sentía extrañamente excitado. La casa, silente y misteriosa, despertaba en mi alma una viva curiosidad y una vaga sed de aventuras. Tras cerciorarme de que nadie podía verme, empujé la puerta que daba a las habitaciones situadas al otro lado del pasillo y penetré en ella de puntillas. Crucé dos amplias estancias, avancé a lo largo de un corredor y salí al rellano de una escalera interior cuya existencia desconocía. Delante de la escalera había una puerta encerrada. “Ahí dentro está la enferma”, me dije. Intenté abrir la puerta, pero me resultó imposible. No sabía qué hacer. Por mi cerebro cruzó la idea de llamar, pero no me atreví a hacerlo.

Permanecí allí largo rato, turbado por aquel silencio que lo envolvía y penetraba todo y miraba con sus ojos blancos a través de la claraboya. Súbitamente oí un rumor de pasos en la planta baja y regresé apresuradamente a la biblioteca. Cogí un libro y con él en las manos me quede dormido en un diván, llevándome al reino del sueño la visión del mundo taciturno y cubierto de nieve.

Después de cenar me retiré a mi cuarto y, tras anotar en mi diario las impresiones del día y escribir dos o tres cartas, me acosté; pero, como me había pasado la mayor parte de la tarde durmiendo, no tenía sueño, y estuve cerca de dos horas despierto, atento el oído al silencio, la mirada atenta a las tinieblas. Más allá de la ventana, velada por un blanco visillo, reinaba la noche blanca; las nubes sumían y deshabilitaban la luz de la luna.

Creo que empezaba a quedarme dormido cuando experimenté la súbita sensación de que delante de la ventana, en el jardín, había alguien. Me incorporé. Una sombra se dibujaba en el visillo.

Dado que mi habitación se encontraba en el entresuelo y la altura de la ventana era escasa, supuse que alguno de los criados habría salido llevándose únicamente la llave de la verja y no se atrevía a llamar a la puerta principal. Con una clara angustia, a pesar de todo, me levanté, me acerqué a la ventana y descorrí el visillo. Un hombre, al cual el antepecho de la ventana le llegaba un poco más debajo de la barbilla, se erguía en la oscuridad, inmóvil y mudo. Le dirigí una especie de saludo con la mano, pero no él ni se movió. Di unos golpecitos con los dedos en el cristal: el mismo silencio y la misma inmovilidad.

-¿Qué es lo que desea? -le pregunté en voz baja, sin acordarme de que era invierno y los cristales dobles no le permitieron oírme.

Viendo que continuaba sin moverse y sin hablar, me indigné y decidí salir al jardín a repetirle la pregunta, pero antes de que acabara de girar sobre mis talones la misteriosa figura empezó a alejarse lentamente, sus hombros eran muy anchos y se tocaba la cabeza con un sombrero hongo. En su aspecto no había nada extraordinario. A pesar de todo, empecé a vestirme para bajar al jardín; pero a medida que me vestía, iba sintiéndome menos resuelto, y terminé por decirme, con fingida indiferencia: “Mañana averiguaré de qué se trata”.

Al día siguiente interrogué a los criados; pero me aseguraron que ninguno de ellos había salido la noche anterior, y que nadie había visto al hombre del sombrero hongo. El portero me respondió sin inmutarse. En cambio, el cacayo Iván, visiblemente turbado, inquirió a su vez:

-¿Está usted seguro de que era un hombre con sombrero hongo?

-Completamente seguro -afirmé.

Mi respuesta pareció tranquilizarlo.

Más tarde me enteré de que la servidumbre estaba atemorizada por la supuesta presencia de un espectro; pero se trataba del espectro de Elena, ahogada en el mar. Era un temor vago y poco serio, una de esas supersticiones frecuentes en las casas donde ha sucedido algo trágico.

Con la esperanza de descubrir allí la clave del enigma, me dirigí a la parte del jardín que caía al pie de mi ventana y lo que vi me sorprendió desagradablemente: no había huellas en la nieve y, además, la altura de la ventana era mayor de lo que yo había imaginado; aunque mi estatura es más que mediana, me costó trabajo alcanzar el borde del antepecho con las puntas de los dedos. A juzgar por este detalle, el desconocido tenía que ser desmesuradamente alto...o sostenerse en el aire, como un fantasma.

“He sido víctima de una alucinación”, me dije.

La explicación resultaba bastante lógica; la atención sostenida, angustiosa, con que yo observaba todo en aquella casa, mi constante presentimiento de algo maravilloso, podían haber debilitado mis nervios hasta el punto de hacerme ver, en este siglo ilustrado y escéptico, un fantasma. Sin embargo, se me ocurrían algunas objeciones contra aquella hipótesis: yo estaba fuerte, sano, mi cerebro funcionaba perfectamente, en mis sensaciones no había nada anormal. Además, era muy raro que mis nervios, debilitados, me hubieran hecho ver un ser que por su aspecto no se apartaba de lo vulgar; un ser sin relación alguna con mis pensamientos y mis sospechas. Lo lógico

hubiese sido que mi imaginación enferma me hubiera presentado la imagen de Elena, y no la de aquel caballero taciturno, tocado con un sombrero hongo.

Pero a pesar de que no encontré respuesta a tales objeciones, no tarde en tranquilizarme. Durante el día no ocurrió nada digno de mención. Por la noche regresó Norden. Cuando estábamos terminando de cenar nos dijo que había traído la partitura de un nuevo baile de moda. Unos instantes después, la pianista invisible lo interpretaba, reflejando en la ejecución, un poco insegura, su desconocimiento de la pieza. Los niños bailaban, Miss Moll daba vueltas como un caballo de circo, el amo de la casa imitaba, cómicamente, a los danzantes de ballet. Todos nos desternillábamos de risa.

De pronto, al volver los ojos casualmente hacia una ventana, me pareció ver una figura humana en las tinieblas. Miré más fijamente detrás de los cristales: no había nadie; mi estúpida imaginación me había engañado. Pero Norden observó mi fugaz inquietud

-¿Por qué estás tan serio? -me preguntó-. ¿No te gusta el nuevo baile? ¡Anímense, anímense! Si no, Miss Moll le impondrá un correctivo.

Y señalándome con el dedo, le dijo a Miss Moll algo en inglés, que la hizo prorrumpir en estridentes carcajadas. Luego, continuando la broma, la obligo a acercarse a mi, la cogió por la muñeca y con la mano de la anciana me dio unas palmaditas en el hombro.

-¡Arrodíllense sus pies y suplíquenle que baile un poco! -les dijo a continuación a los niños, los cuales se apresuraron a obedecerle.

Luego, dirigiéndose al aya, añadió:

-¡Y usted también!

El aya se postró a mis pies y unió sus ruegos a los de los niños.

Yo no sabía qué hacer: todo aquello me repugnaba; pero, tratándose de una broma, no podía enfadarme.

-¡Ven tú también a arrojarle que baile, perillán! -le gritó Norden al lacayo Iván, el cual contemplaba la escena desde la puerta con ojos asombrados.

Y el lacayo entró y se prosternó al lado de la anciana.

En el piso alto, tan silencioso el día anterior, continuaba resonando la alegre música. Lo salvajemente grotesco de aquel regocijo me crispaba los nervios y me arrancaba carcajadas casi dolorosas; se hubiera dicho que me estaban haciendo cosquillas. Acabé por ponerme a bailar, y al pasar por delante de las ventanas, que se me antojaban innumerables, me preguntaba:

“¿Dónde estoy?” ¿Me habré vuelto loco?

Norden tardó largo rato en calmarse. Tuve que permanecer con él en el comedor hasta mucho después de que los niños se hubieran acostado, oyéndole hablar de la velada tan alegre que habíamos tenido, de la comicidad coreográfica de Miss Moll, de lo bien que bailaba Volodia, de lo gracioso que estaban todos de rodillas a mis pies...

-Una velada así -me decía, dándome golpecitos en la rodilla con su blanca y cuidada mano- denota cultura, civilización. Vivimos en un verdadero desierto. A un lado el mar; al otro el páramo o poco menos. Y, sin embargo, bromeamos, reímos, bailamos... Mis

amigos en Petersburgo me preguntan cómo puedo vivir aquí sin morir de tedio. ¡Si nos hubieran visto esta noche!

Y prorrumpió en una serie de carcajadas largas, insoportablemente largas.

-Deberíamos invitarles a un baile -continuó-, es una gran idea, ¿verdad?

Y empezó a pasear nerviosamente de un lado para otro, con el aire de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea genial.

-Anoche...-empecé.

-¡Sí, sí! Invitaremos a cincuenta, a cien amigos, y bailaremos todos. ¡Será una fiesta magnífica, un alarde espléndido de cultura, de civilización!

-Anoche...

De súbito, Norden, muy serio, se volvió hacia a mí, me miró fijamente y me preguntó en tono amable, cortés:

-¿Decía usted?

Me sentí sin fuerzas para contestar, como si de repente me hubiesen puesto un candado en los labios. De modo que no dije nada.

Aquella noche me quedé inmediatamente dormido. A las dos o las tres de la madrugada alguien me gritó:

-¡Arriba!

Me incorporé bruscamente. Un profundo silencio reinaba en la habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. “¡He oído esa voz en sueños! -pensé-. No es ningún fenómeno extraordinario”. Y cuando iba a tenderme de nuevo en la cama, advertí que había alguien en el jardín, delante de la ventana.

Era “él”. Me acerque a la ventana y, al igual que la noche anterior, le dirigí con la mano una especie de saludo, ahora menos pacífico; pero él, lo mismo que la noche anterior, no me respondió ni se movió. Observé que era altísimo y no se sostenía en el aire.

“No puede ser un fantasma”, me dije, con un suspiro de alivio, sin caer en la cuenta de que la visita nocturna de un gigante que no dejaba huellas no resultaba demasiado normal. Decidí salir al jardín; pero él pareció adivinar mi pensamiento y echó a andar, sin mucha prisa, a lo largo de la pared. Renuncié a vestirme, considerando que al hacerlo le permitiría al desconocido desaparecer antes de que pudiera echarle la vista encima.

“En realidad su actitud no tiene nada de terrible”, pensé, mientras volvía a acostarme.

Pero mis manos y mis pies estaban fríos como témpanos de hielo. Y empecé a temblar como si tuviera calentura.

IV

La noche del 7 de diciembre me acosté vestido, resuelto a dar alcance a mi nocturno visitante y enterarme de su identidad y deseos. No tenía miedo, pero la impaciencia y la cólera me impedían conciliar el sueño.

Mi espera resultó inútil: ni una sombra, ni un rumor detrás de los cristales en toda la noche.

Y en las dos siguientes tampoco. Con una facilidad asombrosa, dada las circunstancias, recobré casi por completo la tranquilidad y empecé de nuevo a dormir a pierna suelta, sin acordarme apenas del desconocido.

El sábado, después de cenar -y no obligado, como de costumbre, a acompañar en la sobremesa a Norden, que se había marchado otra vez a Petersburgo-, subí a la biblioteca y me dediqué a examinar unos soberbios volúmenes en los cuales se resumía la historia del arte. El tiempo se me pasó sin sentir y cuando miré el reloj de la estancia, que no daba campanadas a las horas, vi que eran ya las 11:15. Como yo acostumbraba a acostarme a las 11, me puse en pie apresuradamente. Mientras recogía mi cuaderno de apuntes dirigí una mirada indiferente a la ventana. Detrás de los cristales, con la barbilla a medio palmo de distancia del antepecho, estaba "él". Mi sorpresa fue tan grande que el cuaderno se me cayó al suelo. Al agacharme a recogerlo, pensé: "Tal vez cuando levante la cabeza ese hombre no estará ahí".

Pero mi esperanza no se realizó. La luz de la lámpara iluminaba el rostro del desconocido, un rostro tranquilo, nada terrible, afeitado, de facciones correctas. Representaba unos treinta y cinco años. Lo único que no pude verle fueron los ojos a pesar de que también los iluminaba la luz de la lámpara; parecían quedar ocultos detrás de su propia mirada, fija en mí: una mirada inmóvil, dura -casi en el sentido táctil de la palabra-, una mirada horrible.

No sé hasta cuándo hubiese continuado mirándome si, ofendido por su insolencia, no me hubiese acercado a la ventana, gritando :

-¡Sinvergüenza!

El desconocido me volvió lentamente la espalda. Y un instante después se había hundido en la negrura de la noche.

Estalló una carcajada y empecé a pasearme excitado y nervioso, a través de la estancia.

-¿Habrás visto semejante sinvergüenza? -murmuré.

Y cuando, en el colmo de la indignación, me disponía, a pesar de lo intempestivo de la hora, a despertar a los criados y hacerles buscar al intruso por el jardín, recordé con repentino pasmo que la biblioteca se encontraba en el segundo piso.

Aquella noche significó para mí el principio de una persecución encarnizada, implacable, cuyo objetivo trataba en vano de explicarme. Durante algunos días el desconocido continuó presentándose únicamente de noche; luego empezó a mostrarse el atardecer, o, mejor dicho, a partir del atardecer, ya que no se contentaba con una visita diaria.

No sé si podrían llamarse visitas a aquellas súbitas apariciones, tan pronto detrás de los cristales de una ventana como de los de otra. Recuerdo que en cierta ocasión, para librarme de su presencia, me trasladé rápidamente a una habitación del extremo opuesto de la casa: al llegar allí, comprobé que el desconocido había andado más deprisa que yo y estaba esperándome delante de la ventana.

Nadie en la casa daba muestra de haber advertido lo que sucedía. La vida seguía su curso habitual, frío y triste, turbado únicamente por la absurda y ruidosa alegría de Norden. ¿Por qué no lloraban nunca aquellos niños? ¿Por qué no tenían rabetas? Una tarde, al volver a mi cuarto, después de un rato de lectura en la biblioteca, me detuve en

el pasillo del entresuelo, estupefacto, al oír lloriquear a la niña; el hecho resultaba tan insólito, tan extraordinario, que abrí suavemente la puerta de la habitación donde sonaba la quejumbrosa vocecilla. La niña estaba sola, en un rincón, de cara a la pared. En una mano tenía una muñeca tuerta, y con la otra se secaba las lágrimas. Al oírme cesó de lloriquear; pero no se volvió, limitándose a esconder la muñeca.

-¿Estas castigada? -le pregunté, inclinándome sobre ella, pero sin atreverme a tocarla, pues su dolor, sin saber porqué, me pareció sagrado, intangible.

Tuve que repetirle tres o cuatro veces la pregunta; finalmente me contestó en voz muy baja:

-No, no estoy castigada.

-¿Quieres que te lleve un ratito a mi cuarto, guapa?

No me contestó, pero dejó caer la muñeca, y si no en su rostro -que continuaba casi pegado a la pared-, en sus bracitos, en sus hombros, en su cabeza pisada, vi reflejarse una medrosa vacilación.

Me disponía a cogerla en brazos y llevármela, cuando oí la risa de Norden en la escalera y salí al pasillo precipitadamente.

V

Tenía que marcharme. Cuando se me ocurrió aquella idea salvadora comprendí que no debía demorar el ponerla en práctica, pero algo más fuerte que la voz de la razón, débil y opaca, me encadenaba a aquel lugar, paralizaba mi voluntad y me adentraba más y más en aquel círculo de misterio y horror. La tristeza y el miedo tienen su encanto, y el poder de las fuerzas oscuras sobre las almas que no han conocido nunca la alegría es muy grande. Casi sin vacilar, rechacé la idea salvadora.

Acaso contribuyera a ello el delicioso tiempo que había sucedido a los tristes días del otoño. El frío nocturno cubría de nuevo las ramas de los árboles, las embellecía con el milagro de un nuevo follaje, en cuya blancura la luz áurea del sol ponía rutilantes destellos que no solo deslumbraban los ojos, sino también el alma.

“Él” había dejado de presentarse. Norden, con sus risas y sus chascarrillos, estaba en Petersburgo, y en la casa reinaba el silencio, un silencio tan profundo como si hubieran cesado todos los ruidos de la tierra. Durante aquellas horas felices llenas de paz, mi alma se mecía en el olvido de los horrores de la noche. La tierra, de día, era tan distinta...

Por la mañana me calzaba los patines y me dirigía al lugar donde se alzaba la pirámide; y mis ojos se recreaban en la contemplación del nombre -Elena- que había escrito en la nieve.

Al volver a la casa miraba obstinadamente hacia la ventana de la habitación donde vivía y sufría la señora Norden, con la esperanza de ver otra vez, aunque solo fuera un instante, su joven y pálido rostro. Pero nadie aparecía detrás de los cristales. Se hubiera dicho que en aquella habitación no había nadie, que la señora Norden, aquella extraña mujer de la que nadie hablaba, era ya tan del otro mundo como Elena.

Aunque nadie hablaba de ella, los niños subían todos los días a su cuarto, y algunas veces, muy de tarde en tarde, se oía una campanilla cuyo sonido era distinto al de todas

las demás; la señora Norden llamaba. Me parecía inverosímil que la puerta de su habitación se abriera como cualquier otra puerta, que aquella mujer enigmática le diera órdenes a la doncella. La doncella no contaba nunca nada de “la señora”.

A mediados de diciembre regresó Norden. El tiempo volvió a empeorar y cayó una copiosa nevada, la cual cubrió con un espeso y frío sudario el nombre de Elena. Con el mal tiempo volvió “él”, y nuestras relaciones entraron en una nueva fase.

El domingo 18 de diciembre, después de almorzar, Volodia y yo nos acercamos a la ventana. La nieve caía en grandes copos sobre el melancólico jardín. Súbitamente apareció “él”. Era la primera vez que se me presentaba en pleno día y encontrándome acompañado. Estaba a dos pasos de distancia de la ventana, y los blancos copos se posaban en su sombrero y en sus hombros como en los de cualquier mortal. Pero, más que en él, mi atención estaba centrada en Volodia. Los ojos del niño -no cabía duda- veían al desconocido, lo miraban. Y cuando, transcurrido unos instantes, el desconocido dio media vuelta y empezó alejarse, Volodia dio un paso hacia adelante, como si se dispusiera a seguirle.

-Lo ves, ¿eh? Lo ves -dije-, en tono áspero.

Tranquilamente mintiendo como un adulto, Volodia respondió:

-No sé qué me habla. No veo más que la nieve. ¿Acaso ve usted otra cosa?

-¡Si!

-¿Qué es lo que ve?

Convencido de que continuaría mintiéndome, renuncié a la esperanza de enterarme de algo por mediación suya. Al día siguiente sucedió lo mismo, excepto por el detalle de que la persona que estaba a mi lado en el hueco de la ventana no era Volodia sino Norden, no menos mentiroso que su hijo. Después de permanecer unos instantes inmóvil ante nosotros, el desconocido se retiró. Y Norden, que lo había visto desde el primer momento, lo siguió con la mirada.

-Muy divertido, ¿verdad? -le pregunté en tono sarcástico.

-Celebro mucho verle a usted, por fin, de buen humor -respondió Norden, con un asombro muy bien fingido-, pero no sé de qué me habla.

-¿No lo ha visto usted?

-No.

-¡No es cierto! ¡La forma de su respuesta lo ha traicionado!

Norden se quedó mirándome serio, grave. Abrumado por la impotencia y la desesperación, grité:

-¡No estoy dispuesto a continuar guardando silencio!

Al oír aquella estúpida frase, Norden puso una cara muy amable, absolutamente amable; me abrazó, casi me besó, y me formuló mil preguntas acerca del motivo de mi descontento.

-¿Lo ha ofendido a usted alguien? ¿Algún criado, quizás? En mi casa no permitiré... ¡Dígame el nombre del culpable! El que se haya atrevido... ¿No? ¿no lo ha

ofendido nadie? Entonces, ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que lo exaspera? ¿Qué es lo que lo irrita? Lo adivino: se aburre usted. ¡Sí, sí, no me lo niegue! Yo también he sido joven... ¡Oh, la juventud!

Y el desconcertante individuo se extendió en consideraciones filosóficas de una filosofía jovial, humorística, sobre la juventud, no sé si burlándose de mí, o tratando de ahogar el donaire de su propia angustia. “¡Alégrese! ¡Ríase!”, me decía, de cuando en cuando, en un tono entre suplicante y amenazador.

-¡Sí, hay que divertirse, hay que divertirse! -continuó tras una breve pausa-, ¿qué podríamos inventar? Podríamos organizar una fiesta... ¿No se le ocurre nada? En estas fechas nada tan apropiado como un árbol de navidad... ¡Sí, sí, sí! ¡Un árbol de navidad monstruo! Mañana mismo haré cortar el mayor de los pinos de estos alrededores y lo haré instalar en el salón. Hay que enviar inmediatamente a alguien a Petersburgo para que traiga todo lo necesario. Voy a hacer una lista...

Así terminó nuestra conversación. Apartir del día siguiente la casa se vio invadida por una ruidosa actividad, mientras en mi alma de amontonaban negras tinieblas. Instalaron en el salón un pino enorme, iluminando su copa con velas de colores. Al acre olor de la resina se mezclaban el fúnebre color de la cera. Subidos a una escalera sostenida por el propio Norden, Miss Moll, los niños y yo colgábamos en las ramas los regalos, con hilos de plata. Luego bailamos y cantamos al son de alegres melodías, interpretadas por la invisible pianista del piso alto.

Y he aquí lo que pasó la noche del día en que tuvo lugar mi conversación con Norden. Aquella conversación, o, mejor dicho, mi propia tontería, me indignó tanto que decidí salir enseguida de mi pasividad y obrar de un modo enérgico y decisivo. Después de cenar, anoté en mi diario las impresiones del día, me acosté vestido y esperé, lleno de impaciencia, la aparición del desconocido. Mi tensión nerviosa era tan intensa que las horas me parecían siglos y tenía que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de llamar a mi perseguidor. Era ya cerca de la una cuando intuí su silenciosa y sombría presencia.

Salté de la cama; me acerqué rápidamente a la ventana y descorrí el visillo. En efecto, estaba allí. Mis ojos se clavaron, airados, en su sombría figura de anchos hombros, loamenacé con la mano y me dirigí hacia la puerta. Él dio también media vuelta.

Cuando llegué a la puerta del jardín encendí una cerilla y a su claridad descorrí el cerrojo. El hierro estaba tan frío que me quemó la mano. Abrí la puerta. El desconocido se encontraba en lo alto de la escalinata, inmóvil, mudo. Era un poco más alto que yo.

No sé cuánto tiempo permanecimos frente a frente, separados por un par de pasos de distancia. Cuando el terror acabó de adueñarse de mi corazón, retrocedí lentamente, crucé el umbral y, sin apresurarme demasiado -ignoro por qué motivo consideraba muy del caso una extremada cortesía-, cerré la puerta. Al echar el cerrojo me pareció que “él” tiraba del pomo con mano suave, pero no me atrevo a asegurarlo.

VI

A pesar de todo, a la mañana siguiente me levanté dueño todavía de mi equilibrio mental. Durante toda la mañana mi tranquilidad fue absoluta, y mi cerebro funcionaba como el de cualquier hombre en perfecto estado de salud física y mental. Para que nada

turbara mis reflexiones, pretexté una jaqueca y, en vez de ayudar a la aya y a los niños a adornar el árbol, me fui a pasear por el camino de la estación. El día era frío y triste.

Había leído y oído decir a doctores y expertos que las personas abrumadas por un gran dolor o remordimiento suelen tener visiones fantásticas; pero yo no me encontraba en ninguno de los dos casos. El desconocido, por lo tanto, era un ser real. Ahora bien: ¿qué relación existía entre el hombre del sombrero hongo, que se sostenía en el aire, que asechaba detrás de los cristales, y yo? ¿Por qué me manifestaba tan obstinado efecto? ¿Qué quería de mi? En aquella casa, yo no era más que un profesor y nada sabía de la triste equivocación, de la dolorosa injusticia, del crimen quizá, cuya sombra planeaba sobre el lugar y las personas.

“¿Qué quería de mi? En aquella casa, yo no era más que un profesor.”

Repetí varias veces, en voz alta, aquel argumento. Me parecía tan convincente, que de buena gana hubiera hablado con el espectro, le hubiera dicho que estaba equivocado, que en aquella casa yo no era más que un profesor. Pero, ¿acaso puede dialogarse con los espectros? ¡Qué estupidez!

“¡No soy más que un profesor!”, repetí de nuevo, tras una breve pausa.

Y no tardé en darme cuenta de que mis pensamientos eran siempre los mismos y se sucedían en el mismo orden, trazando un círculo semejante al de un caballo amaestrado, un círculo que se cerraba siempre con la palabra “estupidez”. Era preciso salir de él, pensar en otra cosa, pero me resultaba imposible. Parado en medio del camino, continuaba girando, girando como un caballo bajo el látigo del domador. Experimenté un miedo atroz, no inspirado por el espectro, al cual no concedía ya tanta importancia, sino por las ideas que pueden cruzar por un pobre cerebro humano. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar. De súbito, la soledad me asustó; volví precipitadamente sobre mis pasos; en aquel momento, la casa de Norden me parecía un refugio seguro.

Cuando llegué ella me sentí súbitamente tranquilizado, tal vez por la presencia de dos estudiantes, sobrinos de Norden, que habían llegado aquella mañana invitados a pasar la Nochebuena. Eran dos muchachos muy simpáticos a los cuales bastaba mirar para saber que eran hermanos. Estaban ayudando a Norden y a los niños a adornar el árbol. Arriba resonaba -sinceramente alegre, por primera vez- el piano de la señora Norden. La invisible pianista interpretaba un nuevo baile cuya partitura habían traído los estudiantes.

Recuerdo que, antes de almorzar, los dos huéspedes y yo decidimos dar un paseo. El almuerzo fue muy alegre: bebimos como esponjas y nos reímos mucho. Por la tarde llegó una señora gorda, con sus dos hijas, animadísimas y muy amables. Aquella noche bailamos en serio.

Durante los días que siguieron llegaron otros invitados, muy simpáticos. A pesar de que la casa no era muy espaciosa, no sé cómo se las arregló Norden para alojar a tanta gente. Lo cierto es que terminadas las diversiones nocturnas, todas aquellas damas y todos aquellos caballeros se retiraban a sus respectivos aposentos. No podría decir quiénes eran. Es más, no recuerdo el rostro de ninguno de ellos. Recuerdo muy bien los trajes de los hombres y los vestidos de las mujeres, los detalles de atuendos de uno y otras; pero he olvidado sus rostros. Me parece estar viendo aun el uniforme de un general, pero solo el uniforme, como si el invitado que lo llevaba fuera un maniquí.

Pero volvamos al día en que llegaron los dos estudiantes y la señora gorda y sus dos hijas. Después de haber bebido y bailado más de la cuenta -haciendo reír, con mi torpeza, a todos los presentes-, me retiré a mi cuarto sintiéndome un poco mareado. Me dejé caer en la cama, sin desvestirme, y me quedé inmediatamente dormido.

La sed y una rara sensación me despertaron al cabo de un par de horas, obligándome a levantarme. Había dejado descorrido el visillo. Detrás de los cristales estaba "él". Recuerdo que me encogí los hombros y me bebí dos vasos de agua. "Él" no se iba. Tiritando de frío, olvidados el baile y la música, me dirigí lentamente hacia la puerta. Al igual que el día anterior, el frío del cerrojo me quemó los dedos; y, al igual que el día anterior, lo encontré esperándome en lo alto de la escalinata. En medio del silencio nocturno, lejano y solitario, se oían los ladridos de un perro.

Ignoro el tiempo que llevábamos frente a frente, silenciosos, inmóviles, separados por un par de pasos de distancia, cuando "él", apartándose con cierta rudeza, penetró en la casa. Lo seguí a través de las oscuras estancias. Me guiaba su silueta negra, destacando sobre el fondo blanquecino de las ventanas. No me causó la menor sorpresa verlo introducirse en mi cuarto.

Yo entré detrás de él y, maquinalmente, cerré la puerta; pero me detuve a unos pasos del umbral. Temía tropezar con el desconocido en la oscuridad de la estancia. Cuando mis ojos se acostumbraron a las tinieblas, vi un bulto inmóvil junto a la pared, en un lugar donde no había ningún mueble, y deduje que era "él", aunque no se le oía respirar, ni daba señales de vida.

No obstante, transcurrió tanto tiempo y su inmovilidad era tan absoluta, que empecé a dudar de su presencia. Sacando fuerzas de flaqueza me obligué a mí mismo a acercarme al bulto y a palparlo. Mis dedos tocaron una tela, bajo la cual se percibía la pureza de un brazo o de un hombro. Retiré apresuradamente la mano y continué mirando, perplejo, a mi nocturno visitante. Finalmente, conseguí articular:

-¿Qué quiere usted de mí? En esta casa, yo no soy más que un profesor

Pero no me contestó. Me pareció ridículo haberle hablado de usted. A pesar de su silencio, me di cuenta de que deseaba que me acostara. Me desvestí bajo la mirada de sus ojos invisibles. Los crujidos de la cama al hundirse con el peso de mi cuerpo me llenaron de turbación, sin saber por qué. Ya entre las frías sábanas recordé que no había dejado, como de costumbre, las botas en el pasillo, junto a la puerta.

Me acosté boca arriba considerando que aquella postura era la más respetuosa. Por su parte, "él" se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano en mi frente.

Era una mano fría y pesada, de la cual parecían emanar el sueño y la tristeza. He sufrido mucho en la vida, he asistido a la muerte de mi padre; pero no creo que exista una tristeza semejante a la que experimenté al contacto de aquella mano. Inmediatamente empecé a dormirme; pero, cosa rara, el sueño y la tristeza no luchaban, sino que penetraban juntos en mí y se extendían unidos en todo mi cuerpo, mezclándose con mi sangre y empapando mis músculos y mis huesos. Cuando llegaron a mi corazón y lo invadieron, mi razón, mis pensamientos, mi terror, se ahogaron en un mar de angustia mortal, desesperada. Las imágenes, los recuerdos, los deseos, la juventud, la misma vida, parecieron extinguirse. La presencia del desconocido me resultaba ya indiferente. Todo mi ser languidecía en el infinito desmayo de aquella tristeza sin límites y de aquel sueño sin sueños.

A la mañana siguiente me desperté a la hora de costumbre. En la habitación no había nadie y todo estaba en orden. No me sentía bien ni mal, sino como vacío. Mi rostro -que vi en el espejo, mientras me vestía-, un rostro vulgar y feo, no había sufrido alteración ninguna; continuaba siendo, sencillamente, el de un hombre que ha pasado mucha hambre y no ha conocido ningún afecto.

Todo estaba igual y, sin embargo, yo sabía que en el mundo había cambiado algo y que nunca volvería a ser como era. Pero observé en mi una cosa que me produjo cierta satisfacción: el misterioso espectro que me perseguía no me inspiraba ya ningún temor. Al entrar en el comedor, donde Norden hacía desternillarse de risa a más huéspedes comentándoles chascarrillos, experimenté una repugnancia invencible. Empezara estrechar manos se convirtió en un verdadero asco.

Aquel asco fue debilitándose en el transcurso del día -un día animado, ruidoso- y casi llegó a desaparecer, pero volví a experimentarlo todas las mañanas al estrechar la mano de los invitados.

VII

Aquella mañana, cuando volvimos de la playa, después de bombardearnos, en un alegre combate dirigido por Norden, con bolsas de nieve, me encerré en mi cuarto y le escribí una carta a uno de mis compañeros de Petersburgo. No era amigo mío, pues yo no tenía amigos, pero me trataba mejor que los demás y era un buen muchacho, amable y servicial. Le decía que me encontraba en un gran peligro, y le rogaba que acudiera en mi socorro, pero en una forma tan desmayada, tan poco expresiva, que la carta, de haber llegado a sus manos, hubiese provocado en él un simple encogimiento de hombros. No sé por qué motivo no se la envié. El día que me dieron de alta en el hospital la encontré en un bolsillo de mi chaqueta, metida en un sobre cerrado, pero sin dirección. ¿Por qué no puse las señas? ¿No las recordaba? Me sería imposible decirlo.

Creo que fue aquel día cuando empecé a perder la memoria. El último periodo de mi vida en casa de Norden solo lo recuerdo de un modo fragmentario. Ya he dicho que no recuerdo más que la ropa de los numerosos invitados, como si no se tratara de seres humanos, sino de maniqués. Y debo añadir que he olvidado también sus palabras, todas sus palabras, aunque hablaba y bromeaba con ellos. Asimismo, me resultaba completamente imposible recordar el tiempo transcurrido entre el día que escribí la carta y el último de mi estancia en la casa. ¿Fueron dos o tres días? ¿Dos o tres semanas? No lo sé. En cambio, recuerdo perfectamente algunos detalles aislados. Acaso mi amnesia no se remonta, como supongo, al día que escribí la carta, y sea producto de la larga y grave enfermedad que he padecido.

Por encima de todo, recuerdo -eso es algo inolvidable- las visitas nocturnas del desconocido. Todas las noches, cuando los invitados se retiraban a sus habitaciones, yo me acostaba vestido y dormía unas horas: luego, a través de las oscuras estancias, me dirigía al vestíbulo, abría la puerta del jardín y dejaba entrar al espectro, que me esperaba ya en lo alto de la escalinata. Le seguía hasta mi cuarto, me desvestía, me tendía entre las frías sábanas, y él se sentaba al borde de mi lecho y posaba su mano en mi frente, una mano de la cual emanaban el sueño y la tristeza.

No me inspiraba ya ningún temor. Si no le hablaba, no era por miedo, sino porque consideraba superflua toda palabra. Se hubiera dicho que era un médico silencioso y metódico en su vida diaria con un enfermo silencioso y dócil.

Después empezaba el día ruidoso, agitado, y le sucedía la velada, con su desaforada y ficticia alegría. No sé qué extrañas velas habían colocado, sin que yo lo viera, en el árbol de Navidad que cada noche brillaba más, inundando de cegadora claridad las paredes y el techo. Y a todas horas resonaban los estimulantes gritos de Norden.

–*Tanziren! Tanziren!*

No recuerdo otras veces, pero todavía me parece oír aquella que me persigue en mis sueños, irrumpe en mi cerebro y dispersa mis pensamientos. Encaramado sobre todos los demás ruidos, aquel grito resonaba tenaz, insoportable, de extremo a extremo de la casa. A veces se tornaba ronco, amenazador...

Recuerdo que una noche la pianista invisible dejó súbitamente de tocar y se produjo un extraño silencio.

–*Tanziren! Tanziren!* -grito furiosamente Norden. Debía de estar borracho. Tenía los cabellos en desorden y la expresión de su rostro era feroz, salvaje.

–*Tanziren! Tanziren!*

Los invitados se apretujaban a lo largo de las paredes inundadas de luz, de una luz fulgurante, como la de un incendio.

–*Tanziren! Tanziren!* -repetía Norden agitando los puños, y en sus ojos brillaba la amenaza.

Por fin volvió a sonar la música y el baile continuó. Aquel fue el más brillante de todos. Recuerdo, además de lo que he referido, lo numeroso de la concurrencia: sin duda, aquella tarde había llegado muchísima gente.

A mi recuerdo de aquel baile se asocia en mi memoria el de un sentimiento muy raro: el de la presencia de Elena.

No sé si ardían muchas antorchas en el patio y el jardín. Lo único que sé es que, consciente o inconscientemente, me dirigí hacia la playa. Y allí, junto a la pirámide cubierta de nieve, permanecí largo rato pensando en Elena. He dicho “pensando”...y juraría que durante toda la velada la tuve a mi lado. Incluso recuerdo las dos islas en las cuales estuvimos sentados el uno junto al otro, conversando. Y creo que me bastaría un pequeño esfuerzo de memoria para recordar su rostro, su voz, sus palabras, y comprender...Pero no quiero hacer ese esfuerzo. Que todo continúe como está.

Una vez que Elena hubo desaparecido, su presencia fue sustituida en mi alma por una nueva sensación: la de que era testigo involuntario de una lucha despiadada entre seres invisibles y misteriosos. En su combate, agitaban el aire de tal modo que el torbellino me arrastraba a mí, mero espectador. No creo que Norden, a pesar de ser uno de los personajes de aquel drama, tuviera una idea más clara que la mía de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Sin embargo, mi terror solo duró hasta que recibí la visita del desconocido. En cuanto su mano se posaba sobre mi frente, mis emociones, mis deseos, mi voluntad, mi inteligencia, se hundían en un mar de tristeza. Y el hecho de que la tristeza llegara siempre en íntima unión con el sueño, la hacía aun más terrible. Cuando el hombre está triste, pero despierto, la visión de la vida que le rodea alivia un poco su dolor; pero el sueño se alzaba entre mi alma y el mundo exterior como un espeso muro, y la tristeza - una tristeza inmensa, sin límites- la saturaba.

Ignoro cuantos días habían transcurrido desde que en el curso de aquel ruidoso baile los “*Tanziren! Tanziren!*” de Norden quedaron básicamente ahogados por un torrente de voces estremecedoras.

Me despertó, precisamente a la hora en que el desconocido solía detenerse delante de mi ventana, un repentino estrépito de carreras y gritos. Me acordé de aquella noche del mes de noviembre...No me levanté a abrirle la puerta al desconocido como de costumbre. Estaba seguro de que no había venido ni vendría. Me desvestí y volví acostarme. Los gritos y las carreras continuaban. En la escalera interior resonaban de continuo pasos apresurados. Unos días antes, aquel ininterrumpido subir y bajar, que hacía presagiar alguna desgracia, me hubiera producido una dolorosa impresión, manteniéndome en vela. Pero ahora no me preocupaba. Tranquilamente me dormí, pues sabía que el desconocido no se atrevería a venir estando todo el mundo levantado en la casa.

En aquel momento ignoraba que no volvería a ver nunca más los anchos hombros de mi nocturno visitante. Cuando me desperté, reinaba en la casa un profundo silencio, a pesar de que el sol estaba ya muy alto. Sin duda, después de la agitada noche, incluso los criados estaban durmiendo.

Me vestí y salí al comedor. Encima de la mesa yacía una mujer amortajada. Nunca había visto de cerca a la señora Norden, pero la reconocí inmediatamente.

VII

No la alumbraban cirios ni oraba nadie junto a ella. La rodeaban el silencio y la soledad. Al verla tan abandonada, se hubiera dicho que nadie sabía que había muerto.

Era joven y bella. Es decir, no sé si era realmente bella; pero era la mujer a la cual yo había amado y buscado toda mi vida, sin saberlo. Había conocido, vivos, sus finos dedos yertos cruzados sobre el pecho, y había sentido el encanto de la dulce mirada de aquellos ojos, ya sin luz, cerrados para siempre. ¡Pobres dedos de nácar, obligados a arrancarle al piano alegres notas, a cuyo son bailaba Norden! ¡Perdónalo! ¿Qué sabía él? ¡Perdóname también a mí el haber escrito en la nieve el nombre de Elena! ¡No sabía el tuyo!

No sé hasta qué punto será cierto lo que en aquel momento era para mí una evidencia absoluta. Solo sé que el amor que sentía, súbitamente revelado, era tan profundo como la tristeza que inundaba mi corazón a medida que me daba cuenta, ante la inmovilidad del cadáver, ante el sepulcral silencio que reinaba en la casa, de que “ella” estaba muerta.

Y cuando la palabra “muerta” brotó de mis labios en voz queda y doliente, me eché a llorar.

Desecho en lágrimas, salí poco después de la casa de Norden, sin abrigo, ni sombrero. Crucé el jardín y la playa, hundiéndome en la nieve hasta más arriba de los tobillos, y avance mar adentro. Sobre el hielo, la capa de nieve era menos espesa y me permitía andar con más facilidad. No tardé en encontrarme a una gran distancia de la playa. Ya no lloraba. No pensaba en nada. Continuaba avanzando, avanzando, a través del inmenso desierto blanco y liso, que parecía irme absorbiendo. Empezaba a sentir frío y cansancio, y me detuve un instante. Miré mi alrededor como en un ensueño: la planicie infinita y blanca, sin otras huellas que las mías, me cercaba por todas partes...

Reemprendí la marcha y, sin dejar de andar, empecé a dormitar, como los caballos extenuados por una larga jornada, como los vagabundos que buscan en el ruido rítmico de sus pasos el opio que alivie sus penas.

A pesar de que cada vez me resultaba más difícil flexionar los brazos y las piernas, no me daba cuenta de que empezaba a helarme y continuaba avanzando, clavados los ojos en la nieve que se extendía a mis pies.

Avanzaba, avanzaba y la nieve era siempre la misma. Ignoro si se hizo de noche o si las tinieblas surgieron de mi propio ser, pero lo blanco fue haciéndose gris, y lo gris fue haciéndose negro. Cuando ya no veía nada me dije:

“Estoy ciego”.

Y continué andando, ciego.

Unos pescadores me encontraron tendido en la nieve y me salvaron. En el hospital me amputaron tres dedos de los pies que se me habían helado. He estado un par de meses enfermo y sumido en la inconsciencia.

No sé nada de Norden. Su esposa efectivamente había muerto. No sé nada de él.

El desconocido no ha vuelto a aparecer, y sé que no aparecerá más. Si ahora viniera, creo que su visita no me desagradaría.

Me muero.

Todos me preguntan de qué me muero y por qué no hablo. Sé que esas preguntas las dicta el afecto, pero me hacen sufrir. ¿Acaso todo el que se muere sabe de qué muere?

Vivo con M. I., el compañero al cual le escribí suplicándole que acudiera a mi socorro. Es muy bueno y quiere llevarme una temporada al campo. Yo no me opongo. Si lo hiciera, daría lugar a nuevas preguntas, y debo hablar lo menos posible. ¿Cómo explicarle que el mutismo es el estado natural del hombre? Él ama las palabras y cree en algunas de ellas.

Anoche estuvimos en las islas. Había mucha gente. Vimos zarpar un yate de velas muy blancas...

¡Ah! ¡Lo olvidaba! No amo a Elena ni a la señora de Norden y nunca pienso en ellas.

Y no tengo nada más que decir.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

